

POESILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

guillotina para mi cliente

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283. - La historia de Bill el Melenas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.380. - Así mueren los espías

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

967. - El Oeste en llamas

En Colección SALVAJE TEXAS:

729. - La venganza

En Colección KANSAS:

657. - Mala hierba nunca muere

En Colección BRAVO OESTE:

581. - Tres hombres van a morir

En Colección PUNTO ROJO:

767. - El coleccionista de mujeres

En Colección CALIFORNIA:

752. - La historia de Buby el Llorón

En Colección ASES DEL OESTE:

925. - La rubia o la vida

En Colección COLORADO:

610. - ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

370. - Último día para un *sheriff*

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82. - La chica del rifle de oro

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

5. - Asesino Murray

KEITH LUGER

GUILLOTINA PARA MI CLIENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 771
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 46.610 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1977

© Keith Luger - 1966
texto

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Henriette Demay estaba barriendo la portería.

Se interrumpió al oír que se abría la puerta.

En el hueco había dos hombres.

—¿Es usted la portera? —preguntó el más alto.

—Sí. Soy la señora Demay.

—Somos de la Policía Judicial.

El hombre que hablaba enseñó su credencial.

La señora Demay abrió la boca pero no dijo nada. Estaba demasiado sorprendida.

—¿Me buscan a mí? —dijo.

—No, a usted no... Se trata de uno de los inquilinos, Jean Cardin... ¿Está en su apartamento?

—No, no está.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo vi salir hace un rato... Pero ¿qué es lo que ha hecho...?

—¿No sabe a dónde fue?

—No, no lo dijo, pero yo lo vi entrar en el cine.

—¿En el cine...?

—Sí, en el que hay un poco más abajo. Salí a comprar un paquete de detergente, y vi al señor Cardin entrar en el cine. Hacen esa película, *La tormenta*. El otro día le dije al señor Cardin que no debía perdérsela porque era estupenda.

—¿Cuándo entró el señor Cardin en el cine?

—Hará poco más o menos una hora.

—Nosotros tampoco hemos visto la película. ¿Cuánto dura?

—Una hora y media aproximadamente.

—Gracias. Iremos en su busca.

—Perdonen, ¿qué es lo que ha hecho el señor Cardin?

—Algo malo, señora Demay... Algo muy malo.

—Pero eso es absurdo. El señor Cardin, un hombre tan formal,

tan simpático...

—Ya lo ve, señora Demay... Hasta los más formales se apartan de la ley... Gracias por todo.

El inspector Marcel Forget salió de la portería seguido de su compañero Daniel Blain.

No cambiaron una palabra entre sí. Estaban demasiado acostumbrados a hacer aquella clase de trabajo.

Poco después, llegaban ante la puerta del cine.

—Espera aquí, Daniel —dijo Forget—. Yo echaré un vistazo ahí dentro.

—De acuerdo.

Marcel sacó una fotografía del bolsillo y la observó detenidamente.

Era la fotografía del hombre que debían detener. Jean Cardin.

Forget habló con el portero del cine y pasó enseguida a la sala que estaba a oscuras. Se estaban proyectando los últimos veinte minutos del filme que se titulaba *La tormenta*.

Fue una suerte para el inspector que la tormenta ya se estuviese desencadenando. Gracias a los relámpagos la sala se iluminaba de vez en cuando permitiéndole ver a los espectadores.

Allí estaba. Hacia la mitad. Sentado en una butaca, entre un anciano y una mujer joven y parecía muy atento a lo que sucedía en la pantalla.

Como si nada hubiese hecho.

Ante tal pensamiento Forget sonrió con sarcasmo.

Así era la vida. Un hombre podía matar y quedarse tan tranquilo. Bastaba con llegarse a un cine y ver una película. ¿No había oído decir muchas veces que el cine era una especie de opio? Allí estaba el ejemplo por si tenía alguna duda.

Se retiró unos pasos por el centro del pasillo para no hacerse sospechoso.

A la derecha vio una butaca vacía y la ocupó. Desde allí podía ver la cabeza de Jean Cardin.

Bueno, ahora tenía que esperar un rato.

Pensó en Simone su mujer. Aquella noche tendría que ir a ver a Jeanne, la hermana de Simone, que no se encontraba muy bien. Ya hacía quince días que pasaba de cuentas que debía haber traído a la criatura al mundo, pero algo lo impedía. Al parecer, había surgido

una complicación.

A veces, la llegada de un niño al mundo no era cosa fácil. Traía complicaciones. No, él y Simone no tenían hijos y seguramente no los tendrían nunca. Los médicos daban esperanzas, pero él empezaba a pensar que las cosas no se arreglarían para que Simone los tuviese.

El *filme* estaba a punto de finalizar.

La música subía de tono.

Algunos espectadores empezaban a levantarse antes de que apareciese la palabra fin en la pantalla. Eran los que tenían prisa.

Jean Cardin no parecía tenerla. Se quedó un rato en la butaca quieto, como ensimismado.

La joven que estaba a su lado lo sacó de su abstracción porque él le estaba interrumpiendo el paso.

Entonces, Jean Cardin se levantó de un salto.

Marcel se retiró hacia la puerta, aunque lo hizo lentamente para dar oportunidad a que Cardin se le acercase.

Uno debía de tener mucho cuidado cuando tenía que detener a alguien en un lugar público. Era inevitable. No se debían forzar las cosas. Todo debía desarrollarse con naturalidad.

El hombre que iba a ser detenido no tenía que darse cuenta de que estaba bajo la vigilancia policial. Eran principios elementales. Pero también era un principio elemental traer hijos al mundo y él y Simone no los traerían.

Miró por el rabillo del ojo hacia atrás, y vio a Cardin que avanzaba hacia el corredor. Lo hacía con aire distraído.

No, aquel muchacho no sabía lo que se le venía encima. Podía apostar su vida. Mejor así.

—Eh, ¿qué hace ahí? ¿Es que no ve que está molestando? —Oyó Forget una voz gruñona.

Era un tipo de unos cincuenta años que llevaba una vieja gabardina al brazo.

—Perdone —dijo Forget y pasó al vestíbulo.

Jean Cardin cruzó frente a él.

Forget se disculpó nuevamente para cruzar al otro lado.

Su compañero, Daniel Blain, también había visto a Jean Cardin y se adelantó unos pasos desde la puerta de la calle.

Ya lo tenían acorralado.

Jean Cardin había quedado entre ambos.

Ahora todo sería fácil.

Marcel Forget le puso una mano en el hombro.

—¿Jean Cardin?

Cardin se detuvo y Forget pudo notar cómo se estremecía.

Era un joven de unos veintiséis o veintisiete años, alto, bien parecido, ojos azules, cabello rubio.

—Sí, yo soy Jean Cardin.

—¿Me permite? —dijo Forget y le indicó con la mirada que se apartase hacia la pared.

—No comprendo... —empezó a decir Cardin.

—Policía Judicial —repuso Forget en voz baja para que sólo lo pudiese escuchar Cardin.

El joven se mojó los labios con la lengua.

—¿Qué pasa?

—¿No lo sabe? —dijo Daniel a su espalda.

Cardin se volvió hacia el otro lado.

—¿Es también policía?

—Sí. Ande, acérquese a la pared y podremos seguir hablando.

—Está bien.

Jean Cardin se fue hacia la pared y los dos policías lo acompañaron.

La gente seguía saliendo del local. Producían un murmullo con los comentarios acerca de la película que habían visto. Por esa razón, el diálogo entre los policías y Cardin pasaba inadvertido.

—¿Me lo dirán ahora? —habló Jean Cardin.

—Vendrá con nosotros a la Prefectura y allí se podrá enterar de todo.

—¿Y por qué no aquí?

—Bueno, usted lo sabe mejor que yo.

—No sé a qué se refiere.

—Cardin, no sé si es usted un tonto o un cínico.

—Suponga que soy un tonto.

—Ha matado... Ha asesinado... ¿Está bien así?

Jean Cardin quedó inmóvil, los ojos fijos en el rostro de Forget.

—¿Conque es eso...?

—Bueno, tengo que advertirle algo, Cardin. En Francia no permitimos que nadie mate a otra persona, excepto al verdugo.

—Sí y lo hace con la guillotina.

—Exacto, señor Cardin. Lo hace con la guillotina y después de un juicio... Pero nadie más puede matar a otra persona... ¿Está de acuerdo?

—Si usted lo dice...

—Oh, no, yo no soy el que lo dice. Es la ley.

—Sáquenme de una vez de aquí.

—Espere a que salgan los últimos espectadores. Después lo haremos nosotros.

—No voy a oponer resistencia. Los acompañaré...

Habían salido ya la mayor parte de los espectadores. Sólo quedaban algunos rezagados.

—De acuerdo, vamos —dijo Marcel Forget.

Caminaron hacia la puerta.

El portero se les quedó mirando con algún interés. Daniel Blain se dispuso a salir el primero.

Jean Cardin descargó un golpe con la mano abierta sobre la clavícula de Blain y éste rodó por el suelo.

Cardin ya se estaba volviendo y estrelló el puño en la cara de Marcel Forget.

Éste estrelló las espaldas contra el portero y los dos se derrumbaron.

Cardin ya estaba corriendo por la calle.

Se abrió paso entre algunos grupos de personas que se encontraban en la acera.

Era otoño, noviembre, de noche.

Marcel Forget fue el primero en levantarse.

—Eh, ¿qué ha pasado? —gritó el portero.

Marcel no le contestó. Salió a la calle.

Algunas personas habían llegado al lado de Blain, que se quejaba en el suelo.

—¿Cómo estás, Blain?

—Creo que ese tipo me rompió la clavícula. Me pegó con un golpe de karate.

—¿Puedes entrar en la oficina del cine y telefonar a la Prefectura?

—Desde luego.

Forget echó a correr por el camino que había desaparecido Jean

Cardin.

Sólo habían transcurrido unos cinco segundos.

A Forget le resultaba difícil abrirse paso por la acera porque encontró muchos peatones.

Pero localizó enseguida a Jean Cardin porque oyó gritar a una mujer.

—Eh, ¿es que no sabe por dónde va?

Estaba a unos treinta metros.

Acarició la pistola con la mano derecha, en el bolsillo.

No quería sacar el arma porque eso produciría el pánico. Además, no sabía si Jean estaba armado, y eso quería decir que ya había cometido un error.

En vez de hablar con Cardin, debió registrarlo. Pero Cardin le había parecido uno de aquellos tipos que se entregan sin resistencia.

Comprendía que Cardin sólo había hecho que darle cuerda. Valiente estúpido estaba hecho. Podría prepararse para escuchar el sermón del comisario. Aunque se lo tenía bien ganado.

Ahora lo importante era cazar a Cardin y todo se podría arreglar, incluso la clavícula rota de Daniel. Eso significaría que su compañero tendría de cuarenta a cincuenta días de vacaciones extra.

Estaba ganando terreno a Cardin.

Ya eran sólo quince metros los que mediaban entre ambos.

No, Cardin no se le escaparía. Eso podía jurarlo.

Mentalmente pensó: «Si se me escapa, que no tenga ningún hijo».

Qué tontería. ¿Qué tenía que ver la captura de Cardin con que Simone pudiese tener o no tener hijos?

Ahora fue él quien tropezó con un hombre.

—Eh, ¿qué le pasa a usted?

Forget no hizo caso y siguió adelante.

Las cosas se estaban presentando bien para él.

Cardin no hacía más que volver la cabeza y eso le impedía avanzar más aprisa.

El perseguido lo había visto y debía dar por descontado que, de un momento a otro, acabaría la fuga.

Otra vez le preocupó a Forget la posibilidad de que Cardin estuviese armado.

No, no volvería a cometer otra vez aquel error.

Pero si Cardin sacaba una pistola, renunciaría a perseguirlo. Tendría que detenerse. No podía poner en peligro la vida de una persona inocente.

De pronto, Cardin entró en un edificio.

Aquello era absurdo.

Pero ¿no era al mismo tiempo la reacción lógica de un animal acorralado?

Forget soltó una maldición porque el edificio en que Cardin había desaparecido era de dieciséis pisos.

Sí, era una trampa para Cardin, aunque demasiado grande.

Forget entró también en la casa y vio a Cardin desaparecer escaleras arriba.

Tres personas estaban esperando ante uno de los dos ascensores.

El encargado del edificio estaba hablando con un hombre que ahora se despedía.

Forget tomó al encargado por el brazo y le enseñó su credencial.

—Marcel Forget, inspector de la Policía Judicial.

—¿Qué quiere, inspector?

—¿Cuál es su nombre?

—Gastón Segaut.

—Voy persiguiendo a un asesino. Entró aquí, señor Segaut. Tendrá que prestar su colaboración.

El encargado se puso a parpadear.

—¿Aquí, en esta casa?

—¿Cuántas salidas tiene?

—Sólo hay una... El garaje. Se llega por una escalera interior.

—¿Qué me dice de la azotea?

—Nadie puede escapar por la azotea. Quiero decir que, para pasar de la azotea a la casa más próxima, se tendría que dar un salto de más de quince metros.

—Marcel —oyó su nombre Forget.

Era su compañero Daniel Blain que llegaba renqueando, tocándose el hombro en donde el delincuente lo había golpeado.

—¿Está aquí, Marcel?

—Sí, subió por la escalera. Pero no tiene escapatoria. ¿Has dado el aviso?

—Se puso el jefe en persona.

Marcel Forget cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—¿Qué dijo?

—Nos felicitó por nuestro buen trabajo.

—Siempre tan sarcástico... ¿Es que a él no se le escapó nunca nadie?

—Es lo que me gustaría saber. Pero me temo que el comisario debe haber capturado a todo bicho viviente que se le cruzó en el camino... Dice que viene para acá.

—Vete a vigilar el garaje... Sólo puede escapar por allí y por este lado... Ten la pistola a punto.

—Sí, Marcel —asintió Daniel, tocándose la clavícula—. Ese muchacho me debe algo.

—Cuidado.

—No te preocupes. ¿Dónde está el garaje?

—Saliendo a la derecha —contestó el portero del edificio.

Daniel se fue hacia la calle.

El portero parecía preocupado.

—Oiga, inspector, esto va a armar mucho alboroto.

—Siempre procuramos hacer las cosas lo más silenciosamente posible.

—Pero se enterarán y hasta se pueden provocar incidentes. Aquí hay gente respetable.

—No lo dudo.

—Son apartamentos caros, ¿sabe...?

—La vivienda es cara en todas partes... Pero dígame, ¿qué gente vive aquí?

—Hay médicos, ingenieros, abogados, hombres de negocios... Los apartamentos se vendieron hace más de cinco años a cien mil francos. Imagínese, ahora serían ciento cincuenta mil...

—Tipos de clase, ¿eh?

—Bueno, los hay que están en la cumbre, y otros que no llegaron. Ya sabe cómo está el mundo hoy.

Marcel Forget emitió un gruñido. No le había gustado aquel tema de conversación.

—¿Seguro que sólo hay dos salidas, señor Segaut?

—Se lo puedo jurar sobre la Cruz de Lorena... Luché con el general Leclerc, ¿sabe...? Fui uno de los primeros en entrar en París al ser liberada, y ya lo ve, prosperé tanto que llegué a portero de

este edificio.

En la voz de Gastón Segaut había mucho resentimiento pensó Forget. ¿Tampoco tendría él hijos? ¿Por qué imaginaba eso? ¿Es que todo el que no tenía hijos debía estar resentido? Se puso a pensar en un mundo de resentidos, de gentes que aullaban como lobos, que enseñaban los colmillos dispuestos a clavarlos en su más próximo vecino.

Qué tontería. Ahora sólo debía de pensar en que se le iba a escapar un fugitivo y que el comisario le iba a soltar la gran bronca por haberse portado como un parvulillo.

Lo sacó de su abstracción la voz del empleado.

—Eh, ¿quién es ese hombre?

Juró para sus adentros que Gastón acababa de ver al comisario.

No falló. Allí estaba el comisario, seguido de un buen grupo de agentes.

El comisario Gilles Leveque era rollizo, cincuentón, y no tenía un condenado vicio. Al menos, eso era lo que se decía en el Quaidés Orfévres.

También se decía que era el policía que más sabía en el mundo.

Gilles Leveque había asistido a muchos congresos internacionales representando a Francia y en ellos había dejado patente su profundo conocimiento de la profesión. Siempre dejaba hablar a los teóricos y, en el momento oportuno, les hacía la zancadilla y todos caían. Había recorrido el mundo, invitado por las policías nacionales, y hasta colaboró en la formación de distintos cuerpos policíacos. Era Caballero de la Legión de Honor y ostentaba una docena de condecoraciones extranjeras.

Leveque era un gran policía pero, a veces, resultaba insoportable.

—¿Dónde está el canario? —Fue lo primero que preguntó.

—Subió por la escalera —contestó Forget, sintiendo que sus mejillas se encendían.

Leveque lo miró profundamente a los ojos.

—¿Cuál fue el error, inspector?

Marcel había decidido decir la verdad. Con Leveque no valía decir mentiras. A la larga, resultaba mucho peor con el comisario.

—Tuvimos un descuido.

—Comprendo. Él se mostró conforme en acompañarlos, y de

pronto los atacó y echó a correr.

—Sí, señor comisario.

—¿Está armado?

—No lo sé.

Ahora Forget creyó que su cara se ponía al rojo vivo porque el comisario lo miraba con las cejas enarcadas.

—Lo siento, señor comisario, pero Jean Cardin parecía un hombre conforme con su destino.

—Sí, los conozco —suspiró—. ¿Cómo ha dispuesto las cosas?

—Daniel Blain está guardando la salida del garaje.

—¿No hay otro agujero para escapar?

—Bueno, podría dar un salto desde la terraza pero, según el encargado, hay quince metros.

—Quince metros que el perseguido podría salvar con una cuerda, o atando unas cuantas sábanas...

—Sólo hace unos minutos que subió.

—¿Cuántos minutos?

—Ocho o nueve. No ha tenido tiempo para saltar de un lado a otro...

—Espero que no... Por su bien, señor inspector.

CAPÍTULO II

Corinne Faure estaba en la ducha cuando oyó que se abría la puerta del apartamento.

—Lo siento, Claude, peno me pillaste en el baño... Sírrete algo en el bar. Enseguida salgo.

Dejó correr el agua fría sobre su cuerpo juvenil.

Había tomado las cosas con demasiada calma.

Bueno, la puntualidad para Claude significaba llegar diez minutos tarde. Habían quedado a las siete, y ahora debían de ser las siete y diez.

Se cubrió con la toalla y frotóse rápidamente.

Cuando estuvo seca, se quitó el gorro de baño y cambió la toalla por el albornoz.

Del *living* no le llegaba ningún ruido.

Claude, según su costumbre, habría tomado un libro de la biblioteca y estaría leyendo.

Pensó salir un momento para saludarle. Luego volvería al dormitorio.

¿No le había dicho Claude que su imagen, la de ella, le servía como sedante después de la dura jornada de trabajo en la oficina de seguros que dirigía?

Bien, le daría un poco de sedante porque ella no invertiría menos de veinte minutos en estar lista.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta.

Se detuvo en el *living* al no ver a nadie.

—Claude —dijo.

No obtuvo ninguna respuesta.

Entonces recordó que no había oído el tintineo del vaso o de la botella.

—Claude —llamó de nuevo. Entonces lo vio salir de la cocina. Era un desconocido.

Tenía una pistola en la mano.

—No grite —dijo él.

Corinne no gritó ni dijo nada.

Permanecieron allí, los dos quietos, mirándose.

—Si se comporta bien, me marcharé enseguida —habló él por fin.

—Desde luego —contestó Corinne.

—Imagino que está sola.

—Sí.

—Pero esperaba a alguien, a un tal Claude. Fue la persona con la que me confundió.

—Sí, creí que era él el que había llegado.

—¿Cuándo vendrá?

—Dentro de unos minutos.

—¿Cuántos minutos?

—No lo sé. Puede llegar de un momento a otro.

—¿Lo dice para que me vaya enseguida?

—No. Es la verdad.

—Está bien. Si suena el timbre de la puerta, usted abrirá.

—¿No sería mejor que lo dejase llamar?

—Podrían pensar que algo anormal ocurre... A estas horas la casa debe de estar llena de policías.

—Entonces, no podré impedir que registren el apartamento.

—No debe dejarlos entrar.

—Pero ellos querrán ver, comprobar si usted está aquí...

—Sí, es posible.

—¿Qué hará entonces?

El hombre se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Disparará su pistola contra ellos?

—Eso es algo que no se puede decir antes, imagino yo.

Sobrevino un nuevo silencio.

—Bueno, no estoy muy presentable —dijo ella—. ¿Me permite que entre en mi cuarto? Me arreglaré...

El hombre cruzó la estancia y se detuvo ante Corinne.

—Entraré con usted.

Corinne se mojó los labios con la lengua.

—No sería muy decoroso. Sólo tengo encima de la piel este

albornoz, y quiero vestirme.

—No se preocupe, no le haré ningún daño y tampoco miraré.

—¿Tiene que entrar necesariamente?

—No sé si tiene una pistola ahí dentro. También puede tratar de hablar por teléfono para pedir ayuda.

—Comprendo su punto de vista.

Corinne entró en su dormitorio y Jean Cardin lo hizo tras de ella.

Él miró la puerta entreabierta del cuarto de baño.

—Quédese quieta.

—¿Para qué?

—Quiero echar un vistazo ahí.

Jean terminó de abrir la puerta del cuarto de baño.

—Puede vestirse ahí... ¿Lo ve usted? Ya se arregló. No correrá ningún peligro de que la mire.

—Es muy amable.

—Pero no se le ocurra encerrarse en el cuarto de baño y gritar. Sería peligroso para usted.

—No se preocupe, no daré ningún grito.

—¡Ah! Y dese prisa. Si viene Claude tendrá que salir a recibirle.

—Procuraré vestirme con rapidez.

—De acuerdo.

Corinne tomó sus ropas y pasó junto a él para entrar en el cuarto de baño.

—¿Hay algún inconveniente en que me diga su nombre?

—Ninguno. Soy Jean Cardin.

—¿Qué es lo que hizo?

—No podemos perder el tiempo. Ande, vístase...

Corinne entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Jean Cardin sacó un cigarrillo del paquete y lo encendió con un fósforo.

Pasaron cinco minutos y Corinne salió del cuarto de baño.

Poseía una hermosa figura, un rostro muy bello y era esbelta. Su cabello era negro.

Había elegido un vestido verde con escote en uve que le permitía exhibir sus brazos desnudos.

Ella notó que producía una gran impresión en Jean Cardin.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Jean Cardin se volvió con la pistola en la mano hacia el hueco que comunicaba con el *living*.

—Debe ser la policía.

—También puede ser Claude.

—Está bien. Iré con usted. Estaré muy cerca. Si me vende a los policías no tendré más remedio... —dejó la frase sin terminar.

La joven tragó saliva.

—Sí, ya lo entiendo. Disparará sobre mí.

—Usted habrá elegido. —Jean la tomó por la muñeca con fuerza —. Será mejor que juegue en mi bando... Todavía no sé cómo se llama.

—Corinne.

—Muy bien, Corinne, recuérdelo, soy un perseguido.

Ella movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Tranquilícese —dijo.

El timbre de la puerta volvió a sonar.

—En marcha —dijo Jean Cardin.

Los dos salieron del dormitorio y se encaminaron hacia el vestíbulo.

En la pared había un recodo.

Jean Cardin decidió esconderse allí.

Soltó a Corinne de la muñeca y la joven se dirigió hacia la puerta, la cual abrió.

—Estás maravillosa, Corinne —oyó Cardin una voz varonil.

—Hoy te retrasaste más, Claude.

—Acabo de mirar el reloj. Llego quince minutos tarde pero tengo una buena excusa... Firmé una póliza de las que dejan un buen pellizco.

—Claude, estoy esperando una conferencia con mi madre. Ya sabes, de Lyon. Hubo avería en la línea... Quizá tarden unos minutos. Estaba pensando que podrías ir al restaurante y esperarme allí.

—¿Qué tontería es ésa? Yo puedo esperar a que te den la conferencia.

—No, Claude —rió ella—. No puedes escuchar los secretos entre una hija y una madre.

—Veamos si acierto ese secreto... —Claude hizo una pausa—: «Mamá, hay un muchacho que me acompaña casi todos los días

desde hace seis meses. Me ha dicho en muchas ocasiones que me quiere, que está dispuesto a casarse conmigo. Pero yo siempre le doy largas. Le digo que el matrimonio es una cosa que se debe pensar con calma porque es para toda la vida. El muchacho se llama Claude Doublier, y es trabajador, eficiente, con un físico aceptable... Tengo la impresión de que hoy se me va a declarar por quinta vez... ¿Qué le contesto, mamá?».

—Eres un payaso, Claude —dijo Corinne—. Pero te irás.

—De ninguna manera. Voy a aprovechar la oportunidad para conocer a tu madre.

—¡No, Claude! —exclamó Corinne, pero ya Claude había entrado en el *living*.

Se detuvo al ver a un hombre con una pistola.

Corinne cerró la puerta y entró también en el *living*.

Claude había fruncido el ceño.

Frisaba en los treinta y dos años de edad y poseía cabello rubio, nariz aguileña y mentón hendido. Su cara denotaba energía.

—Eh, ¿quién es usted?

—Se llama Jean Cardin —dijo Corinne.

—¿Y qué hace aquí con una pistola...? Oh, sí, ahora recuerdo. He visto a un policía en el vestíbulo... Corinne. ¿Por qué ha entrado este hombre en tu apartamento?

—Ella no tiene la culpa de nada —contestó Jean—, no la conozco. Entré aquí por casualidad.

—Gracias —repuso Claude—. Por un momento había pensado que era un cliente tuyo, Corinne.

Jean Cardin enarcó las cejas hacia Corinne.

—Soy abogado —dijo la joven.

—Enhorabuena.

—Mi especialización son los asuntos criminales.

—Otra vez enhorabuena... Ahora siéntense los dos en el diván, y estense quietecitos... Pueden hablar de sus cosas, si lo hacen en voz baja.

Claude dio un suspiro.

—¿No sería mejor que se entregase a la policía?

—Por ese consejo no ganaría usted un solo franco.

—¿Qué es lo que hizo?

—No es asunto suyo... Ande, váyase al diván.

—Está bien. Como guste.

Claude tomó a la joven del brazo y se la llevó.

Los dos se sentaron, uno junto al otro.

Jean Cardin encendió un cigarrillo. Tenía un plan. Los policías debían pensar que él se había marchado del edificio. ¿No era lógico imaginar que había subido a la azotea y que desde allí habría saltado a la casa más cercana?

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor Cardin? —Rompió el silencio Corinne.

—Hable.

—¿Cómo espera salir de aquí...?

—Cuando se hayan ido los policías me iré yo... No pienso quedarme en su apartamento ni un minuto más de lo necesario. Con un poco de suerte, ustedes podrán ir a cenar al restaurante que habían elegido.

—Es usted muy considerado —dijo Claude.

—Y usted podrá declarar su amor por quinta vez a Corinne.

En los ojos de Claude brilló por unos momentos la ira porque Cardin había dicho aquello con un tono de burla.

—Ése es un asunto que no le concierne.

—No se enfade... Sólo tendrán que soportarme un rato. Pórtense bien y podrán olvidarme pronto.

—¿Cree acaso que lo vamos a recordar toda nuestra vida?

—No, no lo creo. Esto es una gota en el océano.

—Caramba —dijo Claude—. ¿Lo has oído, Corinne? El delincuente filósofo...

Corinne no dijo nada.

Jean Cardin dio una chupada al cigarrillo y exhaló el humo por la nariz.

En aquel momento sonó otra vez el timbre.

Los tres miraron hacia el vestíbulo.

—Ésos deben ser los policías —dijo Claude.

—Sí, seguro —asintió Cardin.

Corinne se levantó y Claude la tomó del brazo.

—No vayas a abrir, Corinne.

—Tiene que salir —repuso Cardin—. Deben saber por el encargado que ella está en el apartamento.

—Pero los policías entrarán y usted querrá escapar...

—Sí, ya puede estar seguro de que quiero escapar.

—No puede matarnos.

Jean miró a la joven.

—Oiga, Corinne, pórtese bien, recuérdelo, tiene que echarlos de aquí...

Claude fue a protestar pero Jean lo interrumpió.

—Usted cierre la boca.

—Estate tranquilo, Claude —dijo Corinne—, todo saldrá bien.

La joven se puso en movimiento.

Cruzó el salón y, cuando pasaba al vestíbulo, dirigió una mirada a Jean Cardin, que estaba al lado de la pared, apretando la pistola que manejaba.

Claude estaba muy pálido.

Oyeron que Corinne abría la puerta.

—¿Señorita Faure? —Oyeron una voz con tono oficial.

—Sí, yo soy.

—Inspector Paul Lamy, de la Policía Judicial... Estamos persiguiendo a un fugitivo de la justicia. Un hombre de unos veintiocho años, cabello rubio, de ojos azules...

—No he visto a nadie de esa descripción.

—¿No entró aquí un hombre?

—Sí, desde luego. Mi amigo Claude Doublier. Puede usted verlo allí, sentado en el diván.

Claude vio por el hueco al inspector que estaba hablando con Corinne.

—Hola, inspector —dijo.

El inspector Lamy titubeó y finalmente, se volvió hacia el corredor.

—Está bien, señorita Faure, perdone las molestias. Pero si ve al hombre que le acabo de describir, comuníquelo a la portería del edificio... Allí hay otros compañeros míos.

—Descuide, inspector.

Corinne cerró la puerta y regresó al *living*.

—¿Lo hice bien? —preguntó a Cardin.

Jean bajó el brazo armado.

—Sí, fue convincente, y eso es lo que importa.

Claude se había puesto en pie y se dirigía hacia el rincón.

—Eh, usted, ¿dónde va? —preguntó Cardin.

—Sólo quiero tomar un trago. ¿O es que lo prohíbe?

—No, puede beber.

—¿Quieres tú, Corinne?

—Sí. ¿Desea usted tomar algo, señor Cardin?

—No, gracias.

Claude soltó una risita.

—Resulta que el perseguido es una persona correcta, muy bien educada. Demonios, ahora estoy pensando que quizá se nos metió en la casa un ladrón de guante blanco. ¿Cuánto lleva en el bolsillo en joyas? ¿Un millón de francos? ¿Dos millones?

Claude soltó una carcajada que sonó a falsa.

Escanció en dos vasos y, con ellos en la mano, se unió a Corinne en el diván.

Bebieron en silencio y encendieron cigarrillos.

Jean Cardin seguía apoyado en la pared, lejos de ellos, siempre con la pistola en la mano.

—Señor Cardin —dijo la joven—, quizá las circunstancias nos obliguen a estar aquí algún tiempo juntos. ¿No le parece?

—Sí, es posible.

—¿Por qué no cuenta su historia?

—¿Eh?

—Le serviría para desahogarse.

Claude intervino:

—Oh, sí, Corinne, creo que tienes razón. Los delincuentes encuentran un alivio cuando hacen a alguien el relato de sus andanzas. Además tengo la impresión de que la vida de Cardin debe de estar llena de jugosa emoción.

A Jean Cardin le gustaba cada vez menos aquel tipo. Era presuntuoso.

—Disculpe a Claude, señor Cardin —dijo la joven—. Le aseguro que yo estaba hablando como profesional.

—¿Qué quiere decir?

—Ya me oyó que soy abogado criminalista.

—Lo recuerdo.

—Le estoy ofreciendo mis servicios.

Claude saltó.

—Te prohíbo que lo hagas, Corinne.

—Claude, te ruego que no te metas en mis cosas.

—Debo meterme ahora.

—Pareces un chiquillo, Claude... Estoy ejerciendo mi carrera desde hace tres años, y sé perfectamente lo que hago.

—Me temo que en esta ocasión no lo sabes. Él no es un cliente que ha venido a buscarte en tu bufete. ¿Es que no lo entiendes? Es un fugitivo que entró aquí con una pistola y empleando la fuerza. Los policías están fuera...

—Te he dicho que soy yo quien decide sobre lo que debo y no debo hacer.

—Lo que tú quieras, Corinne —sonrió Claude—. Por fortuna, el señor Cardin no quiere contar nada y tampoco le interesas como abogado.

Jean Cardin dejó correr unos segundos.

—Lo siento, señorita Faure, pero me temo que no puede hacer nada por mí.

—¿Por qué?

—Porque soy un caso perdido... Incluso para el mejor abogado, y no creo que sea usted el mejor...

—Admitiré sólo que soy un buen abogado y que jamás abandono a un cliente.

—Es una buena condición, pero no basta cuando uno tiene la guillotina sobre el cuello...

—Quizá es sólo una apreciación suya.

—No, señorita Faure... Tengo la guillotina muy cerca de mi cabeza, lista para bajar sobre ella... —sonrió con amargura—. Y usted quiere que le cuente mi historia... Es hermosa, se lo aseguro. En ella hay amor, celos, y sobre todo hay sangre... Sí, señorita abogado, hay crimen —hizo una pausa—. ¿Me sigue invitando a un trago?

—Claro.

—No se moleste. Yo mismo me serviré.

Jean Cardin fue al mueble bar y mientras escanciaba en el vaso, oyó la voz de Claude.

—Corinne, creo que esto es tan absurdo que me parece una pesadilla.

—Calla, Claude.

Jean se acercó a ellos con el vaso en la mano.

Ocupó un sillón y puso la pistola sobre el brazo de éste.

—A mí no me interesa su historia... Quiero marcharme.

—Usted no se puede marchar... Si no le interesa mi historia se tapa los oídos. ¿De acuerdo?

Claude dirigió una mirada a la pistola. Sacudió la cabeza de arriba abajo y volvió a sentarse en el diván.

Jean bebió un trago del vaso y miró éste al trasluz, dándole vueltas entre las palmas de las manos.

—Todo empezó un día de primavera, un día de abril en París...

CAPÍTULO III

Era el 7 de abril y en París lucía un sol esplendoroso en un cielo azul turquesa.

Jean Cardin entró en el café La Estrella.

El dueño del local, Charles Bonnerot, lo había citado para aquel día.

Dos semanas antes Bonnerot había dicho que quizá comprase a Jean una de las cafeteras que éste vendía como comisionista.

—¿Está Charles por ahí? —preguntó al empleado que encontró detrás del mostrador.

—Sí, en su oficina.

—Soy Jean Cardin, un amigo suyo.

—Está bien. Veré si lo recibe.

El empleado fue a la oficina y tardó algún tiempo en regresar.

—El señor Bonnerot dice que puede pasar.

Charles Bonnerot era un hombre rollizo con muy poco cabello sobre el cráneo.

Sonrió a Jean tendiéndole la mano.

—¿Cómo estás, Jean?

—Bien.

—¿Vendiste muchas cafeteras esta semana?

—Está muy mal el negocio. Sólo pude vender una, pero no me quejo. La casa para la que trabajo me dará una lavadora automática con un nuevo sistema. Ya sabes, lavadoras para hoteles. Me dejarán una buena comisión.

—Claro, y te harás rico, y te irás a la Costa Azul con una bonita rubia de piernas largas.

—No necesito tanto aunque me apunto lo de la rubia —sonrió Jean.

Charles Bonnerot soltó una carcajada.

Eran viejos conocidos. Charles Bonnerot había regentado un bar

en Argel, pero tuvo que escapar de África poco antes de que se declarase la Independencia. Si lo hubiesen atrapado lo habrían convertido en rodajas. Él y Jean Cardin se habían conocido en aquel bar. Jean era un soldado, uno de los muchos miles que los franceses habían llevado a Argelia para conservar aquella tierra que ellos consideraban francesa.

Jean Cardin se limitó a cumplir su deber como soldado en Argelia, ya que no sentía el menor interés por aquella guerra.

Pero años más tarde, Jean Cardin entró en aquel bar La Estrella del que era dueño Charles Bonnerot, en París, y reanudaron la amistad.

—Anda siéntate y fuma un cigarro de esa caja —dijo Bonnerot.

Jean tomó un cigarro.

—De Cuba, ¿eh? —dijo.

—Resultan caros —comentó Bonnerot—. Me acostumbré a lo mejor. Eso es lo malo de los seres humanos. Siempre quieren prosperar y, después de probar lo bueno, no aceptan otra cosa.

—Sí, Charles, creo que tienes razón.

—¿Un trago?

Bonnerot sacó una botella de un cajón de la mesa.

—No te creas que es un *whisky* falsificado. Auténtico escocés.

—Beberé un trago —gruñó Jean.

—Trae dos vasos. Los encontrarás en aquel mueble del fondo.

Jean trajo dos vasos y Bonnerot escancié.

—Salud, muchacho —dijo Charles.

Jean levantó su vaso y los dos bebieron.

Luego, Jean Cardin decidió entrar en materia. Quería hacer otro par de visitas aquella mañana y no podía dedicar más tiempo a Charles que el imprescindible.

—Esa cafetera es buena, Charles, y conste que no lo digo por vender... Si no lo fuese, no te habría molestado para nada.

—No digo que la cafetera no sea buena. Pero te seré sincero Jean, no te la voy a comprar.

—Entonces ¿por qué me hiciste venir?

—Quería verte.

Jean se sintió irritado.

El próximo cliente se encontraba muy lejos de allí y había invertido más de una hora para llegar al bar de Bonnerot.

No había encendido todavía el cigarro, de modo que se levantó y lo dejó otra vez en la caja.

—Eh, ¿qué haces, Jean?

—Ahora no tengo ganas de fumar.

—Tampoco has bebido el *whisky*.

—Ya tuve bastante con un trago.

—Te has enfadado.

—Olvidalo.

Jean tomó su cartera del sillón.

—Jean, quería verte, hablar contigo para proponerte un negocio... Era lo que me interesaba de ti y no tu cafetera.

Jean ya había llegado ante la puerta y se detuvo.

—Charles, prefiero seguir vendiendo cafeteras a servir de camarero. No tengo paciencia para eso. En cuanto un cliente se me insolentase, le derramaría el café por la cara.

Charles Bonnerot lanzó una risotada.

—Eso es bueno, Jean, aunque no se lo parecería al cliente... Pero no quiero contratarte de camarero.

—¿Qué es entonces?

—¿Qué te parecería ganar cincuenta mil francos de una sola vez?

Jean miró muy serio a Bonnerot.

—No estoy para bromas, Charles.

—Yo tampoco.

Jean vio cómo la sonrisa de Bonnerot desaparecía, poco a poco, y sus ojos brillaban con intensidad.

—Creo haber oído cincuenta mil francos, Charles.

—Es lo que dije.

Entonces Jean Cardin terminó de dar la vuelta y regresó a la mesa.

Arrojó su cartera sobre el sillón.

—¿De qué se trata, Charles?

—De jugarse la piel.

—Si hay que matar a alguien, no cuentes conmigo.

—¿Qué te pasa? Tú mataste en Argelia.

—Sólo maté porque llevaba el uniforme de soldado y para evitar que me matasen a mí.

—Suponiendo que mates ahora, también quitarás de en medio a

gentuza.

—No me interesa.

—¿Ni siquiera por cincuenta mil francos?

—No, tampoco. Búscate a otro.

—¿Crees que estás en condiciones de despreciar cincuenta mil francos?

—No, no estoy en condiciones, pero todo tiene su precio.

—Eres un ingenuo. Debiste pensar que no te iba a dar cincuenta mil francos por darte un paseo en bicicleta.

—Te será fácil sustituirme... Hasta la vista, Charles.

—Espera un momento. Lo dejaremos en sesenta mil, y no creas que vas a sacarme un franco. Lo tomas o lo dejas.

Jean iba a decir que los dejaba, pero en ese momento se abrió la puerta.

Jean vio entrar a una joven muy bonita, de cabello rubio y ojos verdes.

—Jean te presento a Elga —dijo Charles.

Elga miró a Jean con interés.

—¿Es éste el muchacho al que te referiste?

—Sí, Jean Cardin.

—No me gusta mucho —dijo Elga.

—¿Por qué no?

—Parece un pueblerino.

Charles Bonnerot se echó a reír.

—Eh, Jean, ¿oíste eso? Elga nació en Berlín Este, en la Alemania Oriental. Pasó a la otra parte hace unos seis años. Tiene un buen historial, ¿sabes...? Es una chica con mucho coraje.

—¿Con cuánto coraje? —preguntó Jean.

Elga abrió un bolso y sacó un cigarrillo que prendió con la llama de un encendedor de gas.

Charles Bonnerot dijo:

—Elga trabajó con una pandilla de delincuentes juveniles en el Berlín Oeste. Imagina si sería divertido. Robaban a los americanos. Una vez llevaron su audacia hasta hacerse pasar por oficiales. Elga también se puso un uniforme.

—Me pregunto cómo pudo disimular ciertas cosas.

Elga, que tenía un busto muy desarrollado, dirigió a Jean una sonrisa.

—Para eso sí que tienes ojos... Pero no me vestí de hombre, sino del Servicio Auxiliar femenino...

Charles Bonnerot continuó la historia.

—Poco después la detuvieron, se habría ganado unos cuantos años de cárcel al igual que sus compañeros, si no hubiese desempeñado un magnífico papel de actriz.

—Entiendo. Se hizo pasar por la niña a quién las pésimas compañías habían llevado por mal camino...

Elga se acercó a Jean.

—¿Eres tú una mala compañía?

—Para ti no voy a ser ni buena ni mala. Me largo.

—Vaya, parece que me has tomado miedo.

—¿Yo miedo de ti? ¿Por qué habría de tomarlo? —sonrió Jean.

—Muy bien. Si no me tienes miedo, puedo besarte con toda tranquilidad.

Echó los brazos al cuello de Jean, se puso de puntillas y lo besó con la boca abierta.

Jean dejó colgar sus brazos a lo largo de los costados.

La rubia se apartó al fin y miró a Jean con la cabeza ladeada. Un mechón de cabello le cubrió un ojo.

—¿Qué te pasa? ¿No te subió la presión?

—No, no me subió la presión.

—El hombre iceberg.

—Tú eres la iceberg, nena.

Los ojos de Elga llamearon.

Arrojó el cigarrillo hacia la cara de Jean, pero no tuvo puntería.

Charles Bonnerot lo estaba pasando muy bien con aquella escena y ahora sus carcajadas le hicieron brotar lágrimas.

Se abrió otra vez la puerta y apareció un tipo robusto, de cabeza rapada.

—Max —dijo Elga—, este hombre me insultó. Ha dicho que soy una cualquiera y, para demostrarlo me ha besado en la boca.

Max tenía cejas blancas y sus ojos parecían postizos porque no tenían vida.

—¿Eso hizo el puerco? No te preocupes, nena. Yo lo voy a arreglar.

Echó a andar rápidamente hacia Cardin.

Jean miró a Charles Bonnerot, esperando que éste deshiciese la

mentira que Elga acababa de proferir.

Pero su amigo Charles continuaba riendo y ya sólo tuvo tiempo para hacer frente a la embestida del llamado Max.

Recibió un golpe en el hígado antes de que se pudiese dar cuenta y retrocedió tambaleándose.

Encontró en el camino un sillón y, al tropezar con él, cayó en tierra.

Elga se puso a aplaudir.

—Bravo, Max, peno todavía no he oído crujir sus huesos.

—Eso va a ocurrir ahora, preciosa.

Jean miró otra vez a Charles.

Éste ya no sonreía y podía decir algo en su favor pero estaba callado.

Entonces, toda la ira del mundo le nubló los ojos y se metió en sus venas.

Se levantó cuando Max ya estaba cerca de él.

Saltó a un lado burlando el puñetazo de Cabeza Rapada, y le replicó con un terrible puñetazo en la boca.

Max se derrumbó escupiendo un chorro de sangre.

—Maldito, te voy a sacar los sesos —dijo y se puso en pie.

Lanzó los dos puños contra el cuerpo de Jean pero éste lo burló con facilidad.

Luego conectó un terrible zurdazo que hizo saltar a Max por el aire.

Max cayó de pie y eso resultó peor para él porque Jean le atrapó la cara con un derechazo.

Max giró como una peonza, se estrelló contra la pared y se derrumbó. Allí quedó sentado, los ojos en blanco, escupiendo burbujas sanguinolentas por la boca.

Jean no dio por terminado aquel asunto.

Se acercó a la joven.

Ésta chilló porque creyó que le iba a pegar.

Jean la tomó por el cuello.

—Nena menos mal que te voy a perder de vista... Si te veo otra vez te hago tragar el bolso.

Le soltó un empujón lanzándola contra el diván. Luego, Jean apuntó con el dedo a Charles Bonnerot.

—Debería romperte la cara a ti también.

—Ya he subido el precio. Tendrás setenta y cinco mil francos. Es mi última cifra. Y serás mi brazo derecho. Yo daré las órdenes y tú serás el encargado de ejecutarlas.

Jean se había quedado en suspenso.

—¿Setenta y cinco mil?

—Ni uno menos, pero tampoco vas a recibir más.

—Trato hecho.

Elga saltó del diván.

—¡Tengo que decir algo a ese respecto!

—Tú te callas —dijo Charles Bonnerot.

—No voy a consentir que este tipo me dé una orden a mí.

—¿Es que no lo has oído, pequeña? Voy a ser yo quien de las órdenes...

Elga fue a gritar de nuevo pero se contuvo.

Entonces Jean intervino:

—Eh, Charles, ¿es que ellos también están metidos en el asunto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque los necesito.

—Podías haber encontrado mejor gente en cualquier estercolero.

—¡Aquí la única basura que hay eres tú! —gritó Elga—. ¡Y te voy a sacar los ojos!

Saltó sobre Jean con las zarpas por delante.

Habría conseguido su objetivo de sacarle los ojos si Jean no la hubiese sujetado por las muñecas.

Los dos perdieron el equilibrio al forcejear y cayeron en la alfombra.

Elga quiso valerse de sus rodillas para alcanzar el estómago de Jean.

Pero Cardin estaba demasiado excitado por la primera pelea.

Aplastó a Elga contra la alfombra y le puso el dedo índice en la yugular.

—Ya basta nena.

—Me vas a ahogar.

—Te ahogaré si no te estás quieta.

—Me haces daño.

—Ríndete.

—Y un cuerno.

Jean apretó más.

Los ojos de Elga se desorbitaron.

—He dicho que te rindas.

—Está bien.

—Me has de obedecer.

—Lo que tú quieras.

—Recuérdalo, pequeña. A la próxima, no tendré compasión contigo.

Jean la dejó libre y se levantó.

Elga soltó un gemido en el suelo.

Quedó tendida llevando aire a sus pulmones.

Jean se arregló los cabellos.

—¿De dónde sacaste a estas dos fieras, Charles?

—Son buenos amigos.

—Cuando duermen, ¿verdad?

Charles sonrió.

—No hace falta que estés tan enojado.

—Harías mejor en despedirlos.

—No puedo. Trabajarán para nosotros.

—¿Por qué? Parecen dos locos escapados del manicomio. ¿Fue allí donde los encontraste...?

—Bueno te lo diré. Max y Elga son mi herencia.

—¿Tu herencia? ¿Qué quieres decir?

—Está relacionado con el trabajo por el que vas a cobrar setenta y cinco mil francos.

—Habla de una vez... ¿Qué diablos vamos a hacer?

—Nos vamos a apoderar del tesoro de Tombuctú.

—¿Qué?

—El tesoro de Tombuctú... Habrás oído hablar alguna vez de él.

—No te fíes mucho de mis conocimientos. Yo estuve en Argelia porque me mandó allí el Gobierno.

—Está bien. Te lo explicaré... El tesoro de Tombuctú está valorado en diez millones de francos... Y está esperando en cierto lugar a que unas personas lleguen allí y se apoderen de él... A nosotros. Y es por lo que vas a cobrar tú setenta y cinco mil francos.

CAPÍTULO IV

Elga se levantó del suelo pero todavía estaba dolorida. Se dejó caer en el diván.

Max daba cabezadas. No se había recuperado totalmente.

Jean Cardin se pasó un dedo por la nariz. Tenía la mirada fija en la cara de Charles Bonnerot.

—No estoy para perder el tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no me gusta la fantasía.

—Esto no es una fantasía, sino pura realidad.

—Estoy harto de oír historias sobre tesoros relacionados con Argelia, con el Sahara o con cualquier parte de África en donde los franceses tenían los pies. En el puerto de Marsella venden planos de éstos a dos francos la docena...

—Oye, muchacho. Te estoy diciendo que esto no es una quimera.

—Demuéstralo.

—Sé el lugar en donde se encuentra el tesoro.

—¿Dónde?

Charles se echó a reír.

—¿Me crees tan tonto para decírtelo, Jean? No lo sabrá nadie hasta que lleguemos a nuestro destino. Yo os conduciré hasta el mismo lugar en donde se encuentra escondido el tesoro. Entonces lo sabréis.

—Muy bien, pero tendrás que darme una prueba de que realmente existe.

—Con mucho gusto.

—Habla.

—Yo pertenecía al comando a quién se confió sacar el tesoro de Argelia... Una junta de patriotas acordó que era necesario apoderarnos de ese botín para la causa. Íbamos a necesitar mucho

dinero, una vez saliésemos de Argelia. Teníamos pensado continuar la lucha fuera porque todos juramos volver algún día. Yo no era uno de esos ilusos... Fui de los que quise quedarme allí, pero también soy realista y sé cuándo pierdo... Allí nos tocó perder. Y nunca volveremos... Argelia se acabó para los franceses.

—No continúes, me vas a sacar lágrimas de los ojos.

Bonnerot rió de nuevo.

—Eres duro. Tú no llorarías ni por tu perro muerto... Te vi cómo trabajabas en Argelia.

—Te he dicho que yo sólo cumplía con mi deber.

—Sí, pero lo cumplías muy bien. Nunca podré olvidar aquella vez en que tú solo defendiste aquella casa, frente a mi bar contra medio centenar de revolucionarios... Madre mía fue para no creérselo.

—En aquella casa había mujeres y niños confiados a mi custodia. Tenía que llevarlos al puerto. Nos sorprendieron cuando íbamos a empezar la evacuación.

—Sólo erais cuatro soldados y, poco a poco, fueron muriendo tus compañeros... Sólo tú quedaste vivo... Y conseguiste lo que parecía imposible, llevar a las mujeres y niños al puerto.

—Muy bien, Charles, me elegiste a mí porque fui un héroe. Pero has de darme una explicación. ¿Por qué elegiste a éstos?

Elga ya se había recuperado mucho.

—Somos duros como tú —respondió ella.

Charles sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Jean, ésa es la razón... También son buenos para un trabajo de esa clase.

—Veamos si lo entiendo —dijo Jean—. Se supone que hemos de ir a cierto lugar en dónde está escondido el tesoro. Por tanto, sólo se necesita atraparlo y se acabó.

—Tenemos competidores.

—Vaya, ya salió.

—Sí, Jean. Hay un canalla que me la quiere jugar.

—¿Quito?

—Mi socio.

—¿Qué es eso de tu socio?

—Se llama Jacques Nollier. Los dos estamos en el secreto del lugar en donde se esconde el tesoro de Tombuctú... Decidimos

correr juntos la aventura cuando llegase la hora de volver por las joyas... Pero yo sé que Jacques ha estado preparando su traición. Ha contratado a tres fulanos para dejarme en la estacada.

—¿Cómo sabes esto?

—Porque yo compré a uno de los tipos. Su nombre es Félicien. De vez en cuando viene por aquí para informarme de los proyectos de Jacques... Mi socio está a punto de liquidarme.

—¿Te matará?

—Seguro, su plan empieza con eso.

—¿Y luego?

—Se irán a Argelia por el tesoro.

—Ya suponía que estaba en Argelia pero ¿no crees que será un viaje demasiado peligroso?

—Claro que lo será. Pero sólo representarán vacaciones moviditas si vosotros seguís mis órdenes al pie de la letra.

—Muy bien, Charles. Empieza a mandar.

—Lo primero que tenemos que hacer es eliminar a Jacques y a su pandilla.

—¿Están aquí, en París?

—Sí.

—¿Quieres que los llenemos de plomo...? ¿Invitamos también a la policía...?

—No sería mala idea. Nos darían las gracias... Jacques se ha buscado a los peores asesinos de Europa...

Jean miró con ironía a Elga y luego a Max. Éste se había levantado, aunque se apoyaba en la pared.

Elga habló con desprecio a Max:

—Debería darte vergüenza. Un aficionado te ganó.

—Me pilló desprevenido.

—Claro, debió ser eso.

—¿Hay alguien más, Charles? —preguntó Jean—. Me refiero a los nuestros.

—Félicien. Cuando terminemos con la pandilla de Jacques él vendrá con nosotros.

—Espero que Félicien será mejor que éstos.

Elga chilló:

—¡Eh, tú no te metas conmigo...! ¡Si sabes trucos, yo también los sé!

—Imagino qué clase de trucos sabes tú, pequeña... Pero conozco docenas de mujeres que te dan ciento y raya.

—¿Tú qué sabes, estúpido?

—Silencio, muchachos —intervino Bonnerot—. Hemos de trabajar y aprisa. Escucha, Jean, mi socio tiene un club nocturno en cierto lugar de París... Yo voy a ir allí. Naturalmente Jacques aprovechará la oportunidad para liquidarme... Fue lo que dijo Félicien que en cuanto yo me dejase ver en el club, habría llegado mi última hora... Pero le vamos a dar una sorpresa... Elga y Max nos sorprenderán por la puerta trasera... Tú esperarás en el local. Te sentarás allí como un cliente cualquiera y sólo intervendrás si es necesario. Pero no creo que lo sea... Elga, Max y yo nos bastaremos para darles un escarmiento a Jacques y a sus asesinos.

—¿Con qué parto las nueces si llega el momento? —preguntó Jean.

—Con esto —respondió Charles.

Abrió un cajón y sacó un arma que arrojó a Jean.

Era una pistola «Luger».

Jean la observó atentamente, comprobando que el arma estaba bien conservada.

Charles Bonnerot se levantó sonriente.

—Bien, muchachos. Empezó el trabajo. Y recordadlo, cuando haya terminado, todos seremos ricos. Nunca nos preocuparemos del dinero. Nos espera una vida maravillosa... Hay que ganársela, chicos...

Elga sonrió con los ojos brillantes.

—Descuida Charles —dijo—. Aplastaré a todo aquel que se interponga entre mi persona y mí «Cadillac», mi abrigo de visón y mi apartamento de lujo...

Max esbozó una sonrisa. Sus ojos seguían careciendo del brillo indispensable que aseguraba la vida.

—Dispararé al que trate de robarme un solo franco.

Jean sacudió la cabeza pesaroso.

Había entrado a formar parte de una pandilla de locos. Estaba seguro de ello. Su voz interior le decía que debía apartarse de aquel negocio que nunca podría terminar bien. Pero ya estaba cansado de ir de bar en bar y caminar kilómetros diariamente vendiendo sus cafeteras.

Ahora, tenía a su alcance la oportunidad de cambiar de vida. Todo podía ser distinto al final de aquel camino. Setenta y cinco mil francos era una cantidad suficiente para que él pudiese contemplar con optimismo los años venideros.

Después de todo, ¿no había sido la guerra de Argelia una pelea entre locos?

Eso lo decidió a meterse en aquella aventura.

CAPÍTULO V

Jean Cardin estaba sentado en aquella mesa del club nocturno Mandrágora.

Una negra y un negro danzaban en el centro de la pista, seguidos por los focos, mientras un tercer negro tocaba el bombo. Los tres se movían con movimientos espasmódicos.

Alguien se deslizó en la silla vacía al lado de Jean, una pelirroja de ojos grandes, rasgados y labios sensuales.

—¿Estás muy solo, querido?

—Abandonado a mi suerte.

—Eso es porque tú quieres.

—Pero ya se acabó mi soledad.

Ella puso una mano sobre la de él y le sonrió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Jean.

—El mío es Sonia.

—Muy bonito.

Jean alzó los ojos y vio a Charles Bonnerot que pasaba por enfrente con un tipo muy alto, robusto.

Charles le había descrito a Jacques Nollier, su socio traidor. Aquél era el tipo.

Los dos se dirigían hacia la oficina.

Así pues, todo se desarrollaba como Charles había previsto.

—Querido, ¿me invitas a un *whisky*? —dijo la pelirroja.

—Claro que sí, nena, pídelo.

Trajeron el *whisky* y la pelirroja bebió un traguito.

Los negros terminaron su número.

—¿Quieres divertirte, Jean?

—A eso vine.

—Anda, bailemos.

—Es una buena idea.

Tomó a la joven por la cintura y se deslizaron por la pista mientras la orquesta interpretaba un ritmo moderno.

Jean consultó su reloj. Habían pasado diez minutos desde que Charles Bonnerot y Jacques Nollier se metieron en la oficina.

Max y Elga entrarían por la puerta trasera, que daba a un callejón, gracias a la llave que les había proporcionado Félicien.

Y ellos, Elga y Max, lo arreglarían todo.

Sólo estaba allí para supervisar el plan de operaciones. Era un tiro en reserva.

Sonrió ante tal idea.

—¿De qué te ríes? —preguntó Sonia.

—Estaba pensando en lo que dirían mis amigos si me viesen bailando contigo. Se morirían de envidia.

Sonia se sintió halagada y se apretó más contra él. Bailaron un rato en silencio.

De la oficina no salía nadie y Jean pensó que eso era señal de que todo iba bien.

—Volvamos a la mesa, Jean —dijo Sonia—. Ahora quiero beber. El *whisky* me hace simpática.

—Tú lo eres de todas formas.

Ella le premió aquella frase con un beso en la comisura de la boca.

Fueron hacia la mesa y, de pronto, Jean hizo chascar los dedos.

—¿Qué te pasa, Jean?

—Ahora recuerdo que tengo que hacer una llamada urgente.

—Sólo hay un teléfono y está en la oficina.

—Muy bien, iré allí.

—El patrón no quiere que le molesten.

—Está feo por parte del patrón. No debe permitir que un cliente salga a la calle para hacer una llamada telefónica... Iré a la oficina y pediré permiso con mucha educación... Espérame aquí.

Jean se apartó de la mesa y se encaminó a la oficina.

Abrió la puerta pero no vio allí dentro a Charles Bonnerot ni tampoco a Jacques Nollier.

Sentado en un sillón, había un tipo delgado.

—Quería hablar por teléfono —respondió Jean.

—No está permitido.

—Es urgente —dijo Jean y entró en la habitación cerrando tras

de sí.

—¿Qué le pasa?

—Me dejé abierta la llave del gas...

Diciendo eso, Jean sacó su pistola «Luger».

El tipo delgado parpadeó al ver el arma.

—Eh, ¿qué significa esto?

—Levántate.

—¿Es un atraco?

—Para ti como si lo fuese.

El delgado se levantó poco a poco.

—Entonces, ¿usted qué quiere?

—¿Dónde está tu jefe?

—Ya se fue.

—¿Adónde?

—A su casa. Tenía una fuerte jaqueca.

—¿Y Charles Bonnerot?

—Malo, muchacho, muy malo.

Jean Cardin movió la mano muy aprisa.

El cañón de la pistola golpeó contra el mentón del tipo delgado, que cayó sobre el sillón pegando un chillido y rebotó en el suelo.

—Empezaremos otra vez, ¿dónde está Charles Bonnerot...?

—En el sótano.

—Así está mucho mejor... ¿Cuántos hay en el sótano con Charles y Jacques?

—Dos más.

—¿Quiénes son?

—Jacques y Philippe.

—Tu nombre.

—André.

—Muy bien, André, vas a venir conmigo al sótano.

—El jefe me arrancará la piel si voy.

—Yo te la arrancaré si no vas y creo que lo mío va a ser mucho más rápido, ¿no crees?

André se puso en pie sin mirar a Jean y de pronto saltó sobre él.

Pero Jean conocía aquel truco y burló fácilmente la embestida.

Replicó con un izquierdazo que hizo rodar a André por el suelo como una pelota. Al fin se estrelló contra la pared.

—Levántate, André —ordenó Jean—. Y será mejor que no

juegos más o acabaré contigo aquí mismo.

André se levantó quejándose y echó a andar hacia el fondo de la estancia.

—Dime primero qué hay detrás de esa puerta.

—Un corredor.

—¿Dónde está el sótano?

—Al final del corredor hay otra puerta y una escalera.

Jean lo empujó, obligándolo a que diese la espalda, y entonces lo registró.

Lo despojó de un revólver de cañón corto que André escondía en la axila.

—En marcha chico, y cuidado con intentar otra cosa porque te la ganas.

Salieron de aquel despacho y cruzaron por el corredor a que André se había referido.

Llegaron ante la puerta del fondo.

—Abre con cuidado, André, sin hacer ruido —dijo Jean.

André abrió con cuidado porque Jean le apoyó el cañón de la «Luger» en el cogote.

La escalera era muy corta y al fondo se estaba desarrollando una escena muy dramática.

El plan de Charles Bonnerot se había venido abajo.

No, no habían salido las cosas como el *exbarman* de Argel había previsto.

Él era un prisionero de Jacques y también lo eran Max y Elga. Pero Jacques era un tipo muy metódico y estaba exterminando a sus enemigos de uno en uno.

Max ya estaba listo. Lo habían ahorcado colgándolo de un pequeño patíbulo, en el centro de la estancia.

Se estaba balanceando con los ojos y la lengua fuera. El grandullón de Jacques decía en aquel momento:

—Bueno, nena, ahora te toca a ti.

—¡No quiero que me ahorquen...! —chilló Elga.

—Claro que no, nena. ¿Cómo crees que yo voy a ahorcar a una chica tan linda como tú...? Lo tuyo va a ser otra cosa.

—¿A qué se refiere, bastardo?

—Vas a morir asada.

—¿Cómo?

—Ya lo has oído. Asada. Y además en una parrilla.

Un tipo lanzó una carcajada. Estaba detrás de Jacques. Era un pelirrojo con cara de retrasado mental.

Tenía un cable en la mano que enchufó en la pared.

El cable estaba conectado al otro extremo en una parrilla gigante, cuya resistencia se puso al rojo vivo.

—¿Te acuerdas, Charles? —dijo Jacques—. Esta parrilla la utilizamos muchas veces en Argelia. Bueno, no es la misma. Yo mandé construir aquí otra porque pensé que tendríamos oportunidad de usarla. Salían buenos asados ¿verdad, Charles?

Charles Bonnerot había perdido toda su jovialidad.

—Eres el hijo de perra más grande que hay en el mundo.

Jacques soltó otra carcajada.

—¿Creíste que te iba a dar parte del tesoro, Charles...? Parece mentira que no me conozcas. Yo hice todo el trabajo y, por tanto, me corresponde el botín.

—Había dinero para todos.

—Eso es lo que tú crees... ¿Por qué repartir algo que sólo me pertenece a mí?

Pegado a la pared había otro hombre y eso quería decir que André había mentido.

Ese hombre extra manejaba una metralleta y era quien mantenía a raya a los prisioneros.

El pelirrojo dijo:

—Eh, señor Nollier, la parrilla ya está a punto.

—Ya has oído al cocinero, nena... Quítate la ropa.

—Tu tía se va a quitar la ropa.

—Gay, creo que te vas a ocupar tú de eso.

El pelirrojo se relamió como un gato hambriento mientras miraba con ojos codiciosos a la muchacha.

—Sí, jefe, haré ese trabajo con mucho gusto. Yo desvestiré a la chica para que se pueda asar en su propio jugo.

Elga chilló histéricamente.

—¡No me da la gana que nadie me manosee...!

Jean ya no esperó más.

Se dejó ver en lo alto de la escalera.

—¡A callar todos...! ¡Aquí está el amo!

El hombre de la metralleta no estuvo de acuerdo en que allí

hubiese otro amo que él.

Se volvió para disparar.

Jean apretó el gatillo dos veces.

El hombre de la metralleta disparó esta pero hizo un trabajo deleznable aunque tenía sus motivos. Ya que llevaba un par de balas en el epigastrio.

La ráfaga de su metralleta regó de plomo la pared.

Luego aquel tipo se derrumbó y rodó hasta quedar boca arriba, completamente muerto.

Jean pegó un patadón a André, que estaba dos peldaños delante de él.

André dio un chillido y rodó escaleras abajo.

Los últimos acontecimientos se habían desarrollado en escasos segundos.

El rostro de Jacques Nollier estaba empalideciendo rápidamente. Por fin Charles Bonnerot pudo sonreír.

—¿Qué te pasa, Jacques...? ¿Te sientes mal?

—Sí, creo que sí.

—Eso debe ser cosa de tu hígado. Te dije que deberías cuidarte...

—Charles, tú y yo tenemos que hablar.

—¿De veras...? ¿Y de qué tenemos que hablar?

—Del tesoro de Tombuctú, naturalmente.

—Demasiado tarde, Jacques.

—Nunca es tarde.

—Tuviste una oportunidad y la dejaste escapar, Jacques.

—No estarás hablando en serio, Charles.

—¿Qué ibas a hacer con nosotros, gordinflón...? Ahorcaste al bueno de Max.

—Era un cabeza dura sin sentido común.

—¿Y qué ibas a hacer con Elga...? Estabas a punto de dorarla en la plancha.

Elga se estaba acercando lentamente al pelirrojo, como un animal felino antes de saltar sobre su presa.

—Anda, Gay, échale una mirada a la parrilla y verás que ya está al rojo vivo... Empieza a quitarte la ropa, Gay.

—¿Qué...?

—Ahora yo voy a ser la cocinera. Quiero ver cómo te asas...

Jean tenía la impresión más que nunca de estar en un manicomio.

Allí no había ningún tipo con la mente sana, ni siquiera Charles Bonnerot, y otra vez su voz interior le dijo que se alejase del grupo o llegaría un momento en que también sería demasiado tarde para él.

¿Pero dónde iba a encontrar

75 000

francos con tanta facilidad?

¿Cuántas cafeteras tendría que vender o cuántas máquinas lavadoras especiales para hoteles...?

Charles Bonnerot habló con voz fuerte.

—Vosotros tres poneos contra la pared.

La orden valía para Jacques, André y Gay.

Elga chilló:

—¡Quiero meter al pelirrojo en la parrilla!

—Un poco de calma, muchacha —dijo Charles.

—No puedes quitarme eso —se refería a la parrilla como si se tratase de un collar o de unos pendientes.

Jacques retrocedió y sus dos esbirros lo imitaron, quizá porque buscaban la protección de su jefe.

De pronto, Charles movió la mano hacia la pared.

Tocó algo, un botón.

El suelo se hundió bajo los pies de Jacques y sus dos compañeros.

Los tres desaparecieron por un agujero.

Se oyeron aullidos de terror y luego un golpe seco.

Todos estaban asombrados, excepto Charles Bonnerot, que sonreía lobunamente.

—¿Os gustó el truco, muchachos...? Sabía que Jacques tenía una trampa y él no pensó que yo estaba al corriente. Ese foso tiene doce metros de profundidad. Se habrán roto la crisma. Vamos a verlos...

Todos se fueron aproximando al agujero.

Los tres hombres estaban en el fondo del pozo en posiciones grotescas.

—Sí, muchachos, han quedado listos —dijo Charles.

Elga miró con tristeza la parrilla al rojo vivo.

—Yo hubiera preferido un buen asado.

Rió su propio chiste.

Jean dijo:

—Si ya habéis terminado la diversión, será mejor que nos marchemos.

—Sí, Jean, ya nos vamos... Llegaste muy a tiempo.

—¿Por qué os atraparon si teníais toda la ventaja?

—Fue Félicien.

—¿No trabajaba para ti?

—Eso creía yo, pero estaba haciendo un doble juego.

—¿Dónde está él?

—Jacques lo envió a Marsella para que preparase el yate. Pero ese yate nunca irá a Argelia. Félicien esperará inútilmente a su jefe. Y algún día encontraré a Félicien, cuando volvamos de Argel. Lo juro...

—¿Cuándo salimos en busca del tesoro de Tombuctú?

—Esta misma noche. Escapemos de aquí cuanto antes por la puerta trasera. No me gustaría estar aquí cuando descubran la colección de cadáveres.

Cuando subió la escalera Jean dirigió una última mirada a Max Cabeza Rapada, que seguía balanceándose en el pequeño patíbulo donde había sido ahorcado.

CAPÍTULO VI

La barca se llamaba María y había sido comprada por Charles Bonnerot en Marsella.

Era una embarcación vieja aunque el motor respondía bastante bien.

—No podemos entrar en las aguas jurisdiccionales de Argelia hasta que sea de noche —dijo Charles—. El mayor peligro son esos malditos guardacostas.

—¿Son muchos?

—Hay dos que patrullan por aquí con frecuencia.

Elga estaba tendida en cubierta, tomando el sol con un bikini.

Se había pasado las horas así desde que salieron de Marsella, durmiendo y bebiendo ginebra con cubitos de hielo que sacaba de un frigorífico portátil.

Ahora se desperezó.

Charles le dirigió una mirada.

—¿Qué te parece la muñeca, Jean? No me negarás que es hermosa.

—Sí, lo es como una tigresa. Y las tigresas siempre son temibles.

—La llevaré conmigo.

—¿Adónde?

—Todavía no lo he pensado, quizá a Suiza, aunque también he deseado viajar por el Pacífico, Hawái, Taití y todas esas islas en donde uno se puede dorar al sol... Sí, creo que será el mejor paisaje para Elga.

Jacques se imaginó a la alemana viviendo con Charles Bonnerot, disfrutando de aquel tesoro y apostó a que Elga no tardaría mucho tiempo en desembarazarse de Charles Bonnerot. Seguro que lo arrojaría a los tiburones en cuanto llegasen a un lugar infestado de escualos.

Pero eso a él no le interesaba. Se podían marchar los dos al

infierno. Sólo quería atrapar sus
75 000
francos.

—Hola, muchachos —dijo Elga y quedó sentada en la cubierta.

—Cuidado, nena —dijo Charles—. Se te va a caer el pañuelo de arriba.

—Oh, perdón, eso escandalizaría al buen chico.

Al pronunciar las últimas palabras miraba intensamente a Jean.

—Por mí puedes tomar baños de sol a la intemperie, nena.

—No quiero ponerte enfermo —dijo ella con una sonrisa de coquetería.

—Bien, muchachos —dijo Charles—. Creo que ha llegado el momento de que sepáis dónde está el tesoro.

Jean sacudió la cabeza.

—Pensé que no lo dirías hasta que hubiéramos llegado junto al cofre.

—Sois gente de confianza y ya llegamos muy lejos. —Charles Bonnerot se sentó sobre un rollo de cuerdas. Los dos jóvenes, Elga y Jean, lo miraban atentamente—. Él tesoro de Tombuctú Lo tiene Omar Ben Hafsún —dijo Bonnerot.

—¿Quién es Ornar Ben Hafsún? —preguntó Jean.

—Un jefe rebelde, aunque momentáneamente está en buenas relaciones con el Gobierno de Argel.

—Eh, un momento, Charles... Esto es un engaño.

—¿De qué hablas, Jean?

—Dijiste que tú sabías dónde encontrar el tesoro, que estaba escondido en alguna parte y que sólo tendríamos que llegarnos allí para atraparlo.

—Eres un iluso, Jean ¿crees que eso te iba a dar
75 000

francos...? Para eso no te hubiera necesitado.

—Creí que el trabajo consistía en terminar con la pandilla de Jacques Nollier. Aquello ya valió los

75 000
francos.

—Controla tus nervios, Jean.

—Eres un cerdo, Charles, nos has engañado.

—Echa una mirada a Elga y dime si ella se asombra.

Jean observó a la muchacha y la vio muy tranquila.

—Eso quiere decir que ella conocía la existencia de ese Ornar Ben Hafsún.

—La cosa va a ser fácil. Omar Ben Hafsún es mi amigo, nos recibirá bien.

—¿Por qué tiene el tesoro?

—Porque fue la persona a quién yo se lo confié cuando salí de Argelia.

—Explica eso bien porque no comprendo una palabra... Tú pertenecías a la OAS y se supone que Omar Ben Hafsún debía ser un rebelde, un patriota que luchaba por la independencia de su patria.

—Exacto.

—¿Cómo tú y él podíais estar de acuerdo?

—Omar Ben Hafsún es un patriota un poco especial.

—Entiendo, te refieres a uno de esos tipos que sólo le interesa su interés personal...

—Sí, siempre hay de éstos entre los patriotas.

—De modo que Omar Ben Hafsún guardó el tesoro de Tombuctú como depositario.

—Eso es.

—¿Y no informó al Gobierno argelino?

—Ni lo hizo entonces ni después.

Jean se pasó una mano por la cara.

—Qué gran tipo eres tú, Charles.

—¿Qué te pasa ahora?

—Estoy pensando en ese amigo tuyo, Omar Ben Hafsún. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te marchaste de Argelia?

—Cinco años.

—¿Cómo sabes que Ornar Ben Hafsún continúa teniendo en su poder el tesoro? ¿Y si hubiese convertido su importe en dinero y lo tuviese en cualquier banco del mundo?

—No puede hacer eso.

—¿Por qué no?

—Por una razón muy sencilla. El Gobierno de Argel tiene un servicio de vigilancia... Cuando lograron su independencia nombraron un cuerpo especial de policía para investigar los delitos financieros... Se dieron cuenta de que, en la marea de la revolución, muchos tipos se aprovechaban de la confusión que reinaba. Los

patriotas se apoderaban de los bienes franceses que encontraban a mano y como corrían peligro de morir si los sorprendían con las manos en la masa, lo convertían en dinero y depositaban los capitales en bancos italianos y suizos... Si tienes un poco de memoria recordarás lo que pasó durante los siete meses de la revolución. Fueron fusiladas muchas personas y también fueron levantadas horcas en muchas partes del país. Se decía que los reos eran colaboracionistas de los franceses, pero eso era falso en muchas ocasiones. El gobierno provisional no tuvo piedad con los supuestos patriotas que sólo querían llenar sus bolsillos.

—Y Omar Ben Hafsún no quiso ser uno de los ajusticiados.

—Siempre fue un fulano con talento. Por ello decidió guardar el tesoro, esperar una oportunidad para sacarlo del país.

—Pero no me negarás que podría haberlo sacado ya sin que tú te informases. En cinco años ha podido encontrar la manera de burlar los Servicios de Investigación Financiera.

—Eso es posible y entonces nuestro viaje no habría servido de nada. Pero sigo pensando que Omar Ben Hafsún continúa teniendo en su poder el tesoro que a nosotros nos interesa.

—No me has explicado otra cosa. ¿Cómo dos enemigos supuestamente irreconciliables pudieron llegar a un acuerdo?

Charles se echó a reír.

—¿Quién no se pone de acuerdo cuando hay en juego tantos millones de francos...?

—Sí, tu argumento es convincente. Continúa hablando de Omar Ben Hafsún. ¿Dónde está?

—En su reducto de Beni Mansur... Estamos enfrente de Tizi. Cerca de la playa nos esperará un auto que nos llevará hasta el palacio de Omar Ben Hafsún.

—Cada vez resulta esto más emocionante... Según mis cálculos, había tres personas que conocían la existencia del tesoro, Jacques Nollier, Omar Ben Hafsún y tú, Charles.

—Pero sólo quedamos Omar Ben Hafsún y yo y él sabe que llegaremos esta noche. El auto que nos estará esperando en la playa, nos lo envía Omar.

—Así que Omar sabe que Jacques no viene en este viaje.

—Ése fue el acuerdo entre Omar y yo.

—¿Y cuál es la segunda parte del acuerdo?

—El tesoro será dividido en dos partes, una para Ornar y la otra para mí.

—¿Os conformaréis?

—Claro que sí. Es un pacto entre caballeros.

Sobrevino un silencio.

Las olas batían el costado de la embarcación anclada frente a la costa lejana.

Elga se desperezó otra vez en la cubierta.

—Por favor, quiero dormir. No gritéis durante un rato.

Charles se echó a reír.

—Sí, querida, duerme... Te despertaré cuando llegue la hora de desembarcar. Entonces estaremos mucho más cerca del tesoro que nunca.

CAPÍTULO VII

Había llegado la noche y el momento de desembarcar.

La barca se dirigió hacia la playa.

De pronto se oyó el ruido de un motor.

—¡El guardacostas! —gritó Charles.

—¡Estamos perdidos! —chilló Elga.

Charles tiró de una lona. Debajo estaban las armas.

En un segundo Jean Cardin se apoderó de una metralleta, Charles tomó otra.

Elga manejaba el timón.

Estaban navegando sin luces.

Por la punta de un cabo vieron aparecer el guardacostas.

—Parece que no nos han descubierto —dijo Charles.

—Esperémoslo porque, si nos sorprenden, estamos listos... —repuso Jean—. No nos han dejado escape. Tenemos delante la playa y ellos están a nuestra espalda.

El guardacostas navegaba raudo y daba la impresión de que iba a pasar de largo.

De pronto se encendió un reflector.

El haz de luz zigzagueó por el mar.

—¡Nos han descubierto! —gritó Elga.

—Todavía no —repuso Charles.

De pronto se oyó una voz desde el guardacostas:

—Ríndanse, ¿han oído ustedes...? ¡Los vemos perfectamente...! ¡Me estoy dirigiendo a la barca María...!

—¡Maldita sea! —gritó Charles.

—Han estado acechando detrás del cabo, esperando a que nos acercásemos —dijo Jean.

—¿En qué estás pensando, Jean?

—En lo mismo que tú, Charles. Esto es cosa de Omar Ben Hafsún.

—¡No puede ser!

—¿Qué otra explicación hay...? No vimos a nadie durante el día. Charles hacía rechinar los dientes.

—¡Maldito puerco...! ¡Juro que lo haré pedazos...!

—No harás pedazos a nadie porque nos vamos a morir en una apetosa cárcel de Argel si es que no nos liquidan cuando nos aborden.

Oyeron otra vez la voz del guardacostas:

—¡Viren hacia nosotros...! ¡No continúen hacia la playa...! ¡Es una orden...! ¡Si no obedecen los cañonearemos...!

—¿Qué hacemos? —preguntó Elga.

Charles titubeó.

Fue Jean quien tomó la decisión.

—¡A toda marcha hacia la playa!

—Nos volarán en pedazos... —exclamó Charles.

—Muy bien, que lo intenten...

Inmediatamente Jean envió una ráfaga de la metralleta sobre el reflector.

Hizo una diana.

El reflector saltó en pedazos.

Elga estaba sacando el máximo rendimiento a la barca, pero ahora avanzaba como una saeta hacia la playa.

En el guardacostas cundió por unos momentos el desconcierto.

Pero la reacción no tardó en llegar.

Sonó un cañonazo.

La bala silbó por encima de la barca y se hundió en el mar, unas yardas más adelante.

Charles y Jean recibieron sobre su cuerpo una lluvia de agua.

La embarcación se bamboleó.

Elga daba gritos excitada y reía.

Sonó el tableteo de una ametralladora.

Los proyectiles picotearon en la madera carcomida de la vieja embarcación.

Se oyó otra vez la voz ordenancista desde el guardacostas.

—¡Lo van a pagar con la vida! ¡Están cometiendo una locura...! ¡No podrán escapar!

Sonó otro cañonazo.

Esta vez la bala hizo explosión en la popa de la embarcación.

Pedazos de madera volaron por el aire.

La barca se hincó de morro y por un momento pareció que se iba a hundir en el mar.

Pero finalmente saltó como un animal furioso. Charles ya se había recuperado.

Se volvió y empezó a hacer fuego contra el guardacostas que estaba cada vez más cerca.

—¡No dispaes más contra ellos, Charles! —gritó Jean—. ¡Estamos llegando...! ¡Hemos de disponernos a saltar...!

Pero Charles estaba como loco y seguía disparando la metralleta.

—¡Elga, sal de la cabina! —ordenó Jean.

La joven obedeció.

La barca crujió al chocar contra el lecho blando de arena.

Jean dio un empujón a Elga y él saltó detrás.

Todavía iba Jean por el aire cuando se produjo una tremenda explosión en la cubierta.

Jean creyó que se quedaba sordo.

Se hundió en el agua y al reaparecer en la superficie vio a Elga a su lado.

—¿Y Charles? —preguntó Jean.

—No lo he visto.

—Aquí, muchachos... aquí...

Lo vieron asido a un madero.

Los dos jóvenes bracearon hacia él.

—¿Cómo estás, Charles? —preguntó Jean.

—No sé si me falta alguna pieza —gimió Charles.

—Bueno, ya te veremos luego. Ahora hay que escapar de aquí antes de que llegue esa gente.

Charles era mal nadador y estaba conmocionado. Lo tuvieron que empujar hasta la playa.

El guardacostas no había podido aproximarse más debido a su calado, pero enseguida botarían una lancha de goma.

Lo más probable es que en principio los diesen por muertos, ya que de la embarcación sólo quedaba la mitad.

Llegados a la playa, los náufragos se arrastraron rápidamente hacia unos cañaverales que crecían próximos.

Llegados al refugio se tendieron en el suelo.

Respiraban entrecortadamente.

Jean palpó el cuerpo de Charles.

—Cuidado Jean, la rodilla... la debo tener rota...

—No creo que esté rota, o estarías pegando aullidos.

—Puedo soportarlo...

—No te hagas el héroe.

Elga escupió unas maldiciones. El cabello le caía a mechones húmedos sobre la cara.

—Se acabó la aventura... Seguro que ese canalla de Omar Ben Hafsún nos la jugó. Jean tiene razón... Omar avisó al guardacostas.

Charles abrió la boca como un pez recién sacado del agua.

—Deja de apretarme la rodilla, Jean.

—Sólo estoy tratando de vendarte con el pañuelo.

—El coche debe estar esperando —dijo Charles.

—Eres demasiado ingenuo —contestó Elga—. Ese auto no estará donde tú crees.

—De todas formas iremos allí.

—No puedes caminar.

—Me apoyaré en Jean. Sólo tenemos que recorrer un par de kilómetros... ¡En marcha!

Charles soltó un gemido de dolor cuando se pusieron a andar, aunque se apoyaba en Jean.

Subieron por una colina poblada de pinos y bajaron por la ladera.

Charles hubiese caído unas cuantas veces si Jean no lo hubiese agarrado por la cintura.

—No se ve ese maldito auto —exclamó Elga.

—¡Tiene que estar! —gritó Charles.

—Pierde la esperanza.

—No la perderé. Omar Ben Hafsún no me puede haber traicionado...

De pronto vieron brillar dos focos.

—Están allí —dijo Jean.

Charles se echó a reír.

—Ya os lo decía, muchachos, Omar Ben Hafsún es mi amigo.

Una sombra se deslizó desde una roca hasta ellos.

—¿El señor Bonnerot? —preguntó.

—Soy yo —asintió Charles— y éstos son mis amigos, Elga Solinger y Jean Cardin.

—El señor Ben Hafsún les da su bienvenida.

—Ya nos la dio antes un guardacostas.

—Oí los cañonazos y lo vi todo desde la colina. Pensé que ustedes morirían.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Uled, señor Bonnerot.

—Muy bien, Uled, no podemos perder tiempo. Esa gente puede empezar a buscarnos en cuanto vea que no aparecen nuestros cadáveres.

—Tengo el auto aquí, síganme...

El vehículo era un «Citroën», modelo de diez años atrás, aunque parecía estar en buen uso.

Jean sé sentó junto al conductor Uled, y Elga y Charles ocuparon el asiento trasero.

Enseguida se pusieron en marcha.

Viajaron el resto de la noche y, al amanecer, llegaron al palacio de Omar Ben Hafsún que se levantaba en la ladera de una montaña muy próximo a una kábila.

La mansión de Omar Ben Hafsún era suntuosa.

Estaba rodeada por jardines donde corría generosamente el agua. Se veían muchas fuentes y surtidores, setos bien cuidados y flores.

Los visitantes fueron conducidos por Uled a un gran salón.

Se abrió una puerta y aparecieron dos hombres con rifles.

Tras ellos se dejó ver un joven de unos treinta años, muy alto, fornido cabello y bigotes negros. Vestía a la europea.

Charles Bonnerot se apoyaba todavía en Jean porque sentía un gran dolor en la rodilla.

Sin embargo, ahora sus labios sonrieron.

—¿Cómo estás, Omar?

—Mi buen amigo Charles Bonnerot —exclamó Omar Ben Hafsún.

Los dos hombres se estrecharon en un fuerte abrazo y Omar palmeó la espalda del francés.

—Alá es grande por permitir que haya llegado este momento, Bonnerot.

—Faltó poco para que la alegría se convirtiese en luto, Omar.

—¿Qué pasó?

—Un guardacostas nos estaba esperando... Ocurrió como si ellos supiesen que íbamos a llegar...

—Eso es absurdo.

—Eso pienso yo.

—Bueno, existe una explicación. El guardacostas debió sorprenderos mientras esperabais a que llegase la noche.

—Sí, es posible que fuese eso...

—Lo importante es que estás sano y salvo con tu amigo Omar —dijo él argelino—. No conozco a tus acompañantes.

Charles hizo las presentaciones.

—Debéis de estar cansados después de vuestra aventura —dijo el argelino—. Sugiero que durmáis ahora... Esta tarde podremos hablar de lo nuestro.

—Sí, Omar, tienes razón, no hemos pegado ojo durante toda la noche... Necesitamos un buen descanso.

—Las habitaciones están preparadas...

Minutos más tarde Jean Cardin se encontraba a solas en un dormitorio.

No estaba muy seguro de que Omar estuviese procediendo con lealtad.

Pero si Omar pensase traicionarlos, ¿no habría sido más fácil para él esperar a que llegasen allí para cortarles la cabeza?

Al llegar a ese punto de sus pensamientos, se llevó instintivamente la mano al cuello.

CAPÍTULO VIII

Jean despertó al oír que la puerta se abría.

Era Charles, quien se acercó a la cama renqueando.

—¿Cómo está tu pierna? —preguntó Jean.

—Cada vez peor.

—¿No hay por aquí ningún médico?

—No, pero Ornar ha mandado llamar a un curandero.

—Si yo estuviese en tu lugar, no me pondría en manos de nadie que me enviase Ornar.

—¿Qué piensas de él?

—Lo mismo que antes, no me fío de él.

—¿Sigues creyendo que fue Omar quien avisó al guardacostas?

—Lo seguiré pensando mientras alguien no me demuestre lo contrario. ¿Qué hora es...?

—Las siete, pronto se hará de noche.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —Jean se puso en pie.

—Cenaremos y luego repartiremos el tesoro.

—¿Dónde está el tesoro?

—Aquí, en palacio.

—¿Te lo ha enseñado Omar?

—No, todavía no... Está entretenido con Elga... La chica le fue simpática y le está enseñando los jardines.

—Ten cuidado con ella... Todavía no comprendo por qué la trajiste, y no me digas que la necesitabas para hacer el trabajo... Yo sé lo que te pasa, Charles, estás loco por ella.

—Está bien, estoy loco por ella, ¿tiene eso algo de malo?

—Es un demonio.

—Sé que es un demonio, pero así me gustan a mí. Te regalo todos los ángeles... Siempre preferí que las mujeres tuviesen fuego.

—Sí, pero Elga cargó demasiado en el infierno. Es capaz de incendiarte a ti y a otros cien hombres que se le acerquen. No lo

olvides nunca, Charles, o esa chica te convertirá en ceniza.

—Olvídate de ella, Jean. Tú y yo sólo debemos pensar ahora en el tesoro y en impedir que Omar nos la juegue.

—Ya suponía que tú tampoco te fiabas de él.

—Estoy hablando en hipótesis y no me gustaría que Omar nos pillase por sorpresa.

—Si Omar ha decidido sorprendernos, me temo que ni tú ni yo podremos impedirlo.

Charles se dejó caer en un sillón. Sacó una pistola.

—Le meteré este cargador entero en las tripas si nos la juega.

Jean cruzó la habitación hacia el cuarto de baño.

—Omar ha pensado en todo —dijo.

—Yo tengo más cerebro que él.

—No me refería al tesoro, sino a que tuvo en cuenta sus huéspedes europeos. Todo está montado como en un hotel de lujo. Bajo este techo le resulta a uno difícil imaginar que se encuentra en una kábila de Argelia.

—Estos puercos aprendieron bien de nosotros, ¿qué te parece eso...? Durante más de ciento cincuenta años les estuvimos enseñando a comer, a vestirse, a cómo es la vida... Sí, nosotros les trajimos los progresos de la civilización, ¿y qué es lo que pasa de pronto...? Ellos dicen: «Bien, muchachos, ya hicisteis bastante por nosotros y os agradecemos los servicios prestados... Nosotros teníamos pulgas, estábamos llenos de suciedad, el estiércol se amontonaba hasta la puerta de nuestras casas, pero nos limpiasteis y ahora ya sabemos cómo arreglárnoslas a solas. Nos podéis dejar tranquilos».

Jean salió del cuarto de baño secándose la cara.

—Es ni más ni menos lo que están haciendo todos los pueblos que vivieron como colonias. Tenía que suceder así. Ya llegaron a su mayoría de edad.

—Estás con ellos ¿eh, Jean?

—Sí, estoy con ellos.

—Entonces, ¿por qué no les devuelves su dinero...? Y me estoy refiriendo al tesoro de Tombuctú. Quieres setenta y cinco mil francos.

—Es distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Porque un tesoro es del primero que lo atrapa. ¿No me lo has dicho tú mismo, Charles...? Te referiste a que algunos técnicos opinan que esas joyas vinieron de Córdoba porque pertenecieron al califa de aquella ciudad. Por la misma razón podían alegar derechos sobre el tesoro las autoridades de España o las de Marruecos. ¿Y por qué no las de Egipto o las de Arabia...?

—Está bien, no me tienes que convencer a mí.

—Tú suscitaste la cuestión.

—Olvidémoslo.

Jean volvió a meterse en el cuarto de baño.

Cuando salió ya peinado, Charles estaba pensativo en el sillón.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Jean.

Apareció un criado.

—La cena será servida dentro de media hora.

—Gracias.

El servidor hizo una zalema y salió del aposento.

—Yo también voy a arreglarme un poco —dijo Charles.

—Aprovecharé estos minutos para darme una vuelta por el jardín.

En el corredor había un centinela.

Jean fue por aquel lado y el centinela no se movió. Parecía una estatua.

A la derecha vio una puerta que comunicaba con el jardín.

El sol se estaba ocultando y los pájaros acudían por millares a los árboles para dormir.

Caminó por un paseo en donde la floresta crecía lujuriosamente.

Al llegar al fondo se detuvo y encendió un cigarrillo. Miró los muros que rodeaban el jardín. Eran muy altos.

Si llegaban a encontrarse en peligro dentro de la casa, sería muy difícil escapar.

Se iba a retirar de allí cuando oyó que alguien se reía. Era Elga.

Estaba al otro lado de aquel seto.

No le gustaba sorprender la conversación de los demás, pero en aquella ocasión se dijo que no debía tener en cuenta las reglas estrictas de la urbanidad.

Dio un paso más hacia el seto.

—Eres maravilloso, Omar —decía Elga.

—Y yo me felicito de que Charles te haya traído.

—Si Charles se entera de que me has besado, se pondrá muy celoso.

—¿Se lo vas a decir tú, Elga?

—Puede que me interesase.

—¿Por qué?

—Charles querría matarte y, si te matase, todo el tesoro sería para él.

Omar rió divertido.

—¿Te importa mucho Charles?

—Es el hombre que paga mis caprichos.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Yo creo que sí.

—¿Estás enamorada de él?

—¿Qué tonterías dices...? ¿Cómo podría estar enamorada de un hombre barrigudo como él, casi calvo y con esa cara...? Pero, por la mitad del tesoro, Charles y yo podremos hacer todas las cosas que he soñado.

—¿Qué es lo que has soñado?

—Te lo puedes imaginar. Bonitos vestidos, hermosas joyas, lujosos automóviles, y viajar de una parte a otra, conocer mundo, ser admirada por miles de hombres...

—Todo eso lo podías tener conmigo.

—¿Contigo, Omar...? Bromeas.

—Aventajo físicamente a Charles.

—Sí, eso salta a la vista.

—Entre él y yo, ¿con quién te quedarías?

—¿Es una declaración de amor?

—Supón que lo fuese.

—Mi respuesta es no.

—¿Por qué no...? Existe contradicción en tus palabras, Elga.

—No, no existe contradicción. Te explicaré por qué mi respuesta es negativa. No puedo ser una más de las mujeres que tienes en tu harén.

—¿Por qué ibas a ser una más?

—Porque es vuestra costumbre.

—Un hombre como yo tiene que aceptar la costumbre cuando está en su tierra... Pero sería distinto si renunciase a vivir aquí y

consintiese en vivir donde a ti te gusta.

—¿Harías eso por mí...?

—Siempre me han seducido vuestras costumbres... Son mejores que las nuestras... Yo era pobre como las ratas... Tenía que prosperar, ser alguien... Me lo juré a mí mismo cuando era apenas un niño... Juré por Alá que sería un personaje importante, y ya ves que lo soy... Pero tal como está mi pueblo ahora, no puedo llegar más lejos de lo que llegué... Sólo puedo aspirar a una cosa, a disfrutar del tesoro de Tombuctú. ¿Y por qué no disfrutarlo con una mujer tan deliciosa como tú?

—Omar, eres el hombre más convincente que he conocido en mi vida.

Hubo un silencio y Jean imaginó que Elga estaba besando a Omar.

No resultaba una sorpresa para él que la alemana hubiese echado sus redes sobre Omar Ben Hafsún.

—Querida —dijo Omar—. Volvamos al palacio. He de contarte lo que he planeado.

—Seguro que será maravilloso habiendo salido de tu cabeza.

—Sé que te va a gustar mucho...

Jean no quiso escuchar más puesto que ya no iban a decir nada importante.

Sigilosamente, se deslizó por el paseo hasta llegar a la casa.

Poco después, entraba en la habitación de Charles sin llamar.

Charles estaba echado en la cama, quejándose.

—Esta pierna cada vez me duele más.

—Hay algo que te va a doler más que la pierna, Charles.

—¿A qué te refieres?

—A Omar Ben Hafsún. Ahora estoy seguro de que piensa acabar con nosotros.

—Sí, ¿eh...? Nosotros atacaremos antes... Llama a Elga.

—No hace falta que la llame. Elga se pasó al bando de Omar.

Charles arrugó el ceño y miró a Jean con ojos parpadeantes.

—¿Qué tontería estás diciendo, muchacho?

—Sellaron su pacto en el jardín. Yo los escuché.

—¡Mientes, maldita sea!

—Te digo la verdad.

—Yo diré lo que te pasa a ti... No puedes ver a la chica, no la

puedes ver ni en pintura... Te fastidió desde el principio... Si hubiese dependido de ti, la habríamos dejado en Francia.

—Oye, Charles, mis gustos no cuentan en momentos como éste.

—Claro que cuentan.

—¿Qué iba a conseguir indisponiéndote con ella, Charles...? Reflexiona... Tú sabes bien que sólo acepté esto por los

75 000

francos. Es lo único que me importa... Por lo que a mí se refiere, Elga se puede quedar contigo, con Omar o con el mismísimo Lucifer... Es el dinero que tú me prometiste lo que yo quiero tener en el bolsillo.

Hubo silencio entre los dos hombres.

—De modo que esa perra se ha dejado hociquear.

—Yo más bien diría que fue ella quien hociqueó a Omar.

—¿Qué es lo que preparan?

—No llegué a oír tanto. Omar dijo que se lo contaría en la casa.

—Y yo con esta pierna inservible, maldita sea... ¿Qué vamos a hacer, Jean...?

—Si al menos supiésemos dónde está el tesoro, podríamos tomar la iniciativa, pero estamos atados de pies y manos...

—Sí, Jean, tienes razón... Omar y esa condenada rubia nos sacaron mucha ventaja.

—Ya pasó la media hora, vamos a cenar.

—¿Cenar con ellos...? ¿Es que no imaginas qué clase de cena es...? Está más claro que el agua... Omar habrá preparado un veneno.

—Sí, es probable.

—¿Y tú quieres que, a pesar de todo, cenemos...?

—Lo haremos con un poco de discreción.

—¡Ni hablar! ¡Yo no probaré bocado ni beberé...! Aunque Omar me asegure que lo que hay en mi copa es néctar del paraíso...

—Entonces entrará en sospechas y no habrá ninguna salvación para nosotros... Yo creo que Omar nos habrá preparado otro festejo... Al fin y al cabo, según él, nos tiene en su poder y para nosotros no existe escape... Ponte en su lugar y llegarás a la conclusión de que habrá dejado el número más grande para los postres.

—Sí, quizá aciertes, pero supón que te equivocas y que Omar

eligió el veneno...

—Entonces, te deseo una buena digestión... Vamos, Charles, ya nos deben estar esperando.

Charles se puso a soltar maldiciones entre dientes pero, renqueando, fue en pos de Jean.

CAPÍTULO IX

Al principio Charles dijo que no tenía apetito, pero vio que Jean comía y, tras un rato de esperar, para saber si su amigo notaba síntomas de envenenamiento, se decidió también a atacar el asado.

Elga comía entre Omar y Charles.

—Eh, Omar —dijo Charles, en un momento determinado—. Hay algo por lo que no me has preguntado.

—¿A qué te refieres, Charles?

—¿No se te ocurrió preguntar de qué modo vamos a salir de aquí...? ¿Lo recuerdas? Te conté que nuestra barca quedó convertida en astillas.

Omar sonrió. Tomó una servilleta y se limpió la boca.

—No te lo he preguntado porque no existe problema... Os puedo facilitar una barca mejor que la vuestra... Es una lancha rápida. Yo la utilizo para algún negocio de contrabando... La tengo en mi embarcadero cercano a Tizi, en un refugio.

—Demonios, ésa sí que es una gran noticia. ¿Qué estúpidos hemos sido preocupándonos?, ¿verdad, Elga? —sonrió Charles a la joven y, tras una pausa, agregó—: Por fin vas a tener todo cuanto deseaste, pequeña. Ya ves que cumplo mis promesas.

—Sí, Charles me doy cuenta de que se puede confiar en ti.

La joven se inclinó sobre Charles y lo besó en la boca.

Charles atrapó a la joven por la nuca para evitar que se alejase pronto.

La besó con ferocidad.

Jean vio cómo Omar movía su mano derecha hacia la pistola.

Elga gimió porque Charles todavía la estaba besando. Probablemente, la joven se ahogaba.

Al fin, Charles empujó a Elga y ella estuvo a punto de caer.

—Eres un bruto, Charles.

Charles lanzó una carcajada.

—Eh, Jean, ¿sabes cómo conquisté a Elga? Por mi modo de besar, ¿verdad, nena? Eso fue lo que me dijiste, que yo besaba como los de antes y no al estilo *ye-yé*.

—Me alegro mucho —dijo Jean con voz indiferente. Comprendía a Charles.

Había tratado de sacar de sus casillas a Omar y casi lo había conseguido porque los ojos de Omar despedían fuego y una venilla se había hinchado en su sien.

—Omar —dijo Charles—. No podemos entretenernos mucho. Cobraré mi parte esta noche.

—¿Por qué tanta prisa?

—No quiero correr un riesgo inútil.

—Aquí estás seguro.

—No quiero comprometerte, Omar. A estas horas los del guardacostas saben que nosotros nos salvamos. Querrán investigar por qué vinimos a Argelia. Nos estarán buscando... Es conveniente que nos larguemos cuanto antes, y con esa barca tuya estará resuelto. Mi plan es éste: saldremos dentro de un par de horas para llegar al amanecer al refugio donde ocultas tu lancha. Pasaremos allí el día y, cuando sea otra vez de noche, viajaremos a Francia.

—No conviene que te marches ahora, Charles.

—¿Por qué no?

—Por tu pierna. Cojeas. El curandero vive lejos de aquí, pero debe llegar de un momento a otro...

—Podré soportar el dolor de mi pierna, y ya no necesito tu curandero. Mantengo lo dicho, Omar. Nos iremos dentro de un par de horas...

Omar fue a replicar con nuevos argumentos, pero, finalmente, hizo un gesto afirmativo.

—Tú y yo iremos ahora a la cámara del tesoro, Omar —remachó Charles.

—Como tú quieras.

Charles miró a Jean. Quería hacerle comprender que la idea se le había ocurrido a última hora. ¿No era preferible dividir las fuerzas? ¿Qué sólo él, Charles, acompañase a Omar a la cámara del tesoro?

Jean bajó los ojos dándole una respuesta afirmativa.

Los músicos que amenizaban la cena hicieron sonar sus

instrumentos.

Las danzarinas semidesnudas se pusieron a demostrar sus habilidades.

Eran prodigiosas.

Terminada aquella danza, Charles se puso en pie.

—Vamos ya, Omar.

—Está bien.

Jean también se levantó.

—Iré a mi cuarto a descansar un rato.

—Yo también me retiraré a mi habitación —dijo Elga.

—Pasaré muy pronto por vosotros —cabeceó Charles.

Los dos jóvenes se retiraron.

Hicieron el camino en silencio.

Elga bostezó ante la puerta de su dormitorio.

—Estas comidas árabes me dan sueño.

Jean la tomó del brazo, abrió la puerta y la hizo entrar en el dormitorio.

—Eh, ¿qué haces, Jean?

Cardin la miró a los ojos y Elga se echó a reír.

—¿Es que me quieres hacer el amor, Jean?

—No, cariño, ya has tenido bastante con dos hombres.

—¿Cómo?

—Con Charles y con Omar.

—¿Qué idea se ha metido en tu tortuoso cerebro?

—¿Cuál es el plan de Omar?

—No sé de qué me hablas.

—Escucha, pequeña víbora... Sé bien que conquistaste a Omar.

—¿Y qué, se enamoró de mí?

—No seas estúpida, no me refería a eso. Lo sabes bien. Omar quiere quedarse con el tesoro y contigo... Para ello tienes que desembarazarte de Charles y de mí...

—Estás loco.

—Me vas a decir ahora mismo cómo piensas hacer las cosas.

—Anda y lárgate. Te he dicho que tengo sueño.

—Me lo vas a confesar, aunque tenga que arrancarte la piel.

—Ponme la mano encima y mis gritos se oirán hasta el último rincón del palacio.

—Anda, continúa, ¿qué más? Se oirán los gritos y vendrán los

soldados de Omar.

Elga empezó a retroceder hacia el fondo de la estancia.

—Todo eso que dices lo has soñado, Jean.

—No, cariño. Yo estaba en el jardín cuando tú hacías tu trabajo.

—¿Qué trabajo?

—El de embaucar a Omar. Confieso que fue de los mejores que presencié. Tú podrías dar lecciones a todas las busconas de Pigalle. Sí, nena, podías poner una academia en París, en la ciudad del amor, y apuesto a que te harías millonaria. Es una pena que no te hayas dado cuenta de cuál es tu verdadera vocación.

—¡Eres el mayor bastardo de la tierra!

—Anda, deja ya de caminar hacia atrás como los cangrejos. Párate ahí.

—Tienes tres segundos para salir de la habitación. Sólo tres, ¿lo oyes bien? Si para entonces no te has marchado, me pondré a chillar... Diré que entraste aquí para abusar de mí.

—Eso no te lo creería Omar, Charles, ni nadie en el mundo. Tienes muy poca imaginación, pequeña.

—¡Uno, dos...!

Jean saltó sobre Elga.

La joven empezó a soltar un grito.

Pero no lo llegó a terminar porque Jean le tapó la boca con la mano.

Elga trató de morderle.

Entonces, Jean bajó la mano y la atrapó por el cuello.

Otra vez Elga empezó a gritar pero le faltó el aire.

—A callar, nena, o acabo contigo aquí mismo. Me sería muy fácil, ¿sabes? Aprendí judo y karate para hacer la guerra en Argelia y te aseguro que continué en forma. Con un solo golpe, te romperé unas cuantas vértebras. Te quedarás sin Charles y sin Omar... Jamás podrás tener el abrigo de visón y los automóviles de lujo, ni podrás hacer viajes para conocer el mundo.

Los ojos de la alemana se habían desorbitado mientras miraban la cara de Jean.

Comprendió que él decía la verdad, que la mataría sin remisión y movió la cabeza débilmente, en sentido afirmativo.

—¿Me lo vas a contar? —le sonrió ferozmente Jean.

Ella hizo otro gesto asintiendo.

Jean la dejó libre y la joven se tambaleó, pero no cayó porque Jean la seguía sujetando por la cintura.

—Habla, Elga, ¿cuál es el plan de Omar?

—Os matará a los dos.

—Eso ya lo sé... Me interesa la forma en que lo va a hacer.

—Os colgará de los pulgares.

—¿Dónde?

—En el patio del palacio... Supuestamente será el cumplimiento de una sentencia. Él actuará como un delegado del Gobierno. Vosotros sois franceses y vinisteis a Argelia para realizar una misión de sabotaje.

—Muy bonito.

—A estas horas ya tiene a Charles.

Jean sacó la pistola «Luger».

—Pero no me tiene a mí.

—No podrás hacer nada.

—Eso es lo que tú crees. ¿Dónde está la cámara del tesoro?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. Seguro que él te llevó allí para que vieses las riquezas que vais a disfrutar.

Jean la tomó por el cabello.

—Me lo vas a decir ahora mismo, pequeña víbora. Me acompañarás hasta esa cámara, y al menor movimiento por librarte de mí, juro que estropeo tu linda cara.

—Está bien, Jean.

—Andando.

Se dirigieron hacia la puerta.

De pronto, ésta se abrió.

Dos negros irrumpieron en la estancia con las metralletas por delante.

Jean apartó a Elga e hizo fuego sin pestañear.

Los dos negros lanzaron alaridos mientras se derrumbaban.

La puerta había quedado abierta pero ahora por el hueco no se veía a nadie.

Elga había quedado inmóvil, como si le hubiesen crecido raíces.

Jean apretó la pistola. Apuntaba hacia el hueco, esperando que surgiese algún enemigo.

Entonces se oyó la voz de Omar.

—Señor Cardin.

—¿Qué pasa?

—Entréguese.

—¿Por qué me he de entregar?

—Está en inferioridad.

—¿Y qué más?

—Charles es mi prisionero.

—De modo que hizo saltar la trampa.

—Sí, señor Cardin, estaba bien preparada y saltó en el momento oportuno. Charles quedó dentro.

—Pero yo estoy fuera.

—Lo estará por poco tiempo.

—Eso falta por ver.

—Señor Cardin, le invito a que sea un hombre más juicioso.

—Ya tengo bastante juicio, Omar, y llegué a la conclusión de que no me gustará nada ser colgado por los pulgares y ajusticiado como un francés que llegó a Argelia para sabotear al Gobierno legal.

—Ella se lo contó, ¿eh?

—Lo hizo a la fuerza, dicho sea de paso.

Transcurrieron unos segundos.

Elga se movió hacia el corredor, pero Jean la apuntó con la pistola.

—Quieta, nena, o sigues el mismo camino que los negros.

—No te atreverás a disparar.

—¿Por qué no?

—Soy una mujer.

—Te lo he dicho muchas veces, sólo eres una serpiente, y las serpientes deben ser apastadas antes de que piquen... Es lo que no pudo ver Charles ni Omar, pero a mí no me la pegarás.

Omar dejó oír nuevamente su voz:

—Oiga, señor Cardin, creo que no le concedí demasiada importancia y ahora me doy cuenta de que usted es muy distinto a Charles.

—Sí, él es gordo y bajo y yo soy alto y más bien delgado...

—No hablaba de diferencias físicas, sino de otras que son mucho más interesantes. Por ejemplo, es más listo y tiene más coraje.

—Gracias, Omar, pero no va a conseguir nada con halagarme.

—Muy bien, entonces hablaremos de negocios.

—¿Cuál es el negocio?

—Diez mil francos y el salvoconducto para llegar hasta la costa.

—Cuénteme una de *Las Mil y Una Noches*.

—Le doy mi palabra de que saldrá vivo de esta casa.

—Con Charles y con la mitad del tesoro.

—Eso no puede ser...

—¿Por qué no, Omar...? Soy un hombre comprensivo, le regalo a Elga, la mujer con la que será feliz el resto de sus días... Recuerde, gracias a ella podrá alejarse de este lugar aburrido y olvidar las costumbres de sus antepasados... Será un hombre con mucho dinero y con una rubia que quita la respiración...

—No me gusta su sentido del humor.

—A mí no me gusta su sentido de la lealtad.

—Está loco si piensa que me va a derrotar, señor Cardin. Está en mi casa y tengo a muchos hombres a mis órdenes... Todos están bien armados.

—Todavía no jugué mi último naipe.

—¿Cuál es?

—Elga.

—No le entiendo.

—Mataré a Elga si no me deja el paso libre.

—¿Cree que esa mujer me importa tanto como para renunciar a lo que ya consideraba como mío...?

—No sea estúpido, Omar, sólo se trata de respetar un acuerdo. Usted y Charles decidieron repartirse el cincuenta por ciento del tesoro de Tombuctú. Ahora sólo falta que usted cumpla y todos seremos felices, ¿ve qué sencillo?

Se desgranaron algunos segundos.

Omar habló desde el pasillo.

—Está bien, Cardin, usted gana.

—Todos ganaremos.

—Deponga las armas...

—No puedo hacer eso. Tendré la pistola en la mano hasta que esté seguro de que esto será un pacto entre caballeros.

—Muy bien, entonces, yo daré el primer paso.

Omar apareció en el hueco de la puerta. Estaba desarmado.

Sonrió a Cardin mostrándole las manos vacías.

—¿Dónde está Charles? —preguntó Jean.

—En una celda.

—Tráigalo aquí.

—¿No será mejor que vayamos por él?

—He dicho que lo traiga aquí, Omar, y rápido.

El argelino volvió la cabeza y ordenó:

—Traed al prisionero.

Luego Omar entró en la habitación y cerró la puerta.

—Señor Cardin, creo que es usted demasiado leal a una persona que no dudaría en traicionarlo. ¿Por qué se empeña en salvar a Charles...? Coloque usted a Charles en su lugar y tenga por seguro que él no movería un solo dedo para salvarlo...

—No me va a convencer, Omar. Ahórrese las palabras. Vine aquí con Charles y volveré con él a Francia. Si Elga se queda con usted, será porque ella eligió su destino.

—¿Qué le parece un tercio del tesoro?

—No.

—Es poco ambicioso.

—Me conformo con

75 000

francos. Es lo que Charles me prometió.

—Un tercio del tesoro de Tombuctú sería tres millones de francos.

—No quiero tanto dinero. Soy un hombre de costumbres moderadas.

Omar se echó a reír.

—Y un individuo realmente notable, señor Cardin.

—Gracias.

—Pero, al mismo tiempo, sus reacciones son absurdas... Le estoy ofreciendo la oportunidad de no preocuparse más para el resto de su vida... Tendrá un tercio del tesoro y lo único que debe consentir es la muerte de Charles.

—Charles no morirá.

—Déjeme que lo convenza, señor Cardin. Charles es un canalla, un miserable. Primero abrazó el partido de la Argelia francesa... Fue uno de los más sanguinarios partidarios de la OAS. Asesinó a centenares de mis compatriotas y lo hizo sometiéndolos a tormentos... Mutiló, asó y frió a docenas de argelinos... Podría

explicarle a usted cierta clase de tormentos que le pondrían el cabello de punta... Charles fue uno de los ejecutores de los más crueles homicidios que se hayan cometido desde que apareció el primer hombre sobre la tierra.

—Es sólo su palabra. No tengo certeza de ello.

—Pero lo debería suponer conociendo a Charles, ¿o es que no lo conoce?

—Somos amigos.

—Elige muy mal sus amistades, señor Cardin.

Jean sonrió mientras decía:

—No cambiaría a Charles por usted... Suponiendo que Charles sea todo lo que usted dice, creo que son lobos de la misma camada.

—Tocado, señor Cardin.

—Entonces, cálese...

—Usted piensa que yo soy como Charles.

—Ya me ha oído.

—Suponiendo que seamos iguales, a usted le interesa estar del lado del vencedor.

—Yo voy a decidir quién es el vencedor.

—Su lógica es indiscutible, señor Cardin, pero me temo mucho que esté equivocado. No ha habido nadie que derrote a Omar Ben Hafsún.

—Oiga, Omar, es usted quien ha hecho la división entre un bando vencedor y otro vencido. Cuando usted y Charles llegaron a un acuerdo, los dos eran vencedores, ¿por qué no dejar las cosas como estaban...? Si quiere a Elga, no creo que Charles insista mucho en conservarla. Charles se dará cuenta de que no le conviene una mujer que se larga con el primero que le enseña un billete.

La alemana chilló:

—¡Me estás tratando como una cualquiera!

—¿Y qué otra cosa eres tú, preciosa?

—¡Hijo de perra...!

Omar lanzó una carcajada.

En aquel instante, la puerta se abrió y Charles entró en la estancia.

Sus ojos llameaban de furia. Tenía un verdugón en la mejilla, y la oreja derecha le había sangrado.

—¡Mata a Omar, Jean! ¡Dispara contra él...!

—Un poco de calma, Charles.

—Tú tenías razón. Ese hijo de perra me tenía preparada una trampa en la cámara del tesoro... El muy cerdo me dejó ver las joyas y luego dio una orden a sus verdugos... Me golpearon, Jean...

—Te pegaron porque te resististe —dijo Omar.

Charles miró a Elga.

—Omar me dijo que te quedabas con él.

La joven no se atrevió a despegar los labios.

—¿Qué contestas, Elga?

—Nada.

—Así que es verdad... Me ibas a ser infiel... con esto apestoso kabileño...

Le soltó una bofetada.

Elga dio un chillido y cayó al suelo.

Charles la señaló con el brazo extendido.

—Cuando acabe contigo, desearás no haber nacido.

Omar sonrió.

—¿Está de acuerdo con eso, señor Cardin...? Apuesto a que Charles le dará tormento a Elga. Recordará sus viejos tiempos cuando estaba en la OAS.

—Nadie va a dar tormento a nadie —repuso Jean.

—Usted no podrá impedir la venganza de Charles. Está sediento de sangre y va a empezar con Elga.

—Te equivocas, Omar —repuso Charles y miró al árabe—. Voy a empezar contigo... Te arrancaré las uñas de los pies y las de las manos. Luego te sacaré las tripas, sólo eso, las tripas, para que dures mucho.

La joven se levantó del suelo y se abalanzó sobre Charles.

Jean gritó:

—¡Estate quieta, Elga...!

Pero sus palabras no sirvieron para detener a la joven.

Charles no pudo contener la embestida de Elga debido a su pierna lesionada.

Los dos cayeron en la alfombra.

Jean prestó demasiada atención a aquella pelea. Entonces oyó una voz por detrás:

—¡Tire esa pistola, francés...!

Jean no volvió la cabeza pero miró a Omar que estaba frente a

él y le sonreía.

—Le daré información gratuita, señor Cardin —dijo Omar—. Detrás de usted hay dos hombres con metralleta. Acaban de aparecer por un pasadizo secreto que hay junto a la cama... Tire ese arma si no quiere que lo partan en dos de una ráfaga.

Jean dejó caer la «Luger» al suelo.

Elga había logrado apartarse de Charles y se levantó triunfante.

—Omar, ¿qué vas a hacer con ellos?

El argelino miró al caído Charles, que respiraba entrecortadamente, y a Jean.

—Tendrán el final que les había preparado... Morirán colgados por los pulgares.

CAPÍTULO X

En el patio habían levantado dos patíbulos.

En cada uno de ellos iba a colgar un hombre: Charles y Jean.

Pero no serían colgados por el cuello, sino de los dedos de las manos.

Los dos prisioneros fueron conducidos por sus guardianes ante los cadalsos.

Omar y Elga estaban allí. Los dos sonreían.

Charles habló en voz baja a Jean.

—Mira a la muy perra. Se divierte en grande...

—Más se va a divertir luego.

—Daría cualquier cosa por estrangularla.

—Sí, tú darías hasta el tesoro de Tombuctú, que nunca podrás disfrutar.

—Todo habría salido bien si Elga no nos hubiese traicionado.

—Te equivocas. Omar ya pensaba traicionarnos sin necesidad de que apareciese Elga. La chica sólo fue un regalo extra que tú le hiciste.

Eran custodiados por cuatro argelinos provistos de metralleta.

Omar levantó una mano.

—Alto —ordenó.

Los dos prisioneros se volvieron hacia él y Elga. La rubia alemana sonrió mostrando sus dientes blancos, bien alineados.

—¿Qué tal estáis, compañeros?

Charles apretó las quijadas hasta sentir dolor en los oídos.

—Puedes estar satisfecha.

—Lo estoy porque me libré al fin de tu baba...

—¡Maldita!

Omar se echó a reír.

—Charles, eres demasiado viejo para ella. Una mujer como Elga necesita un hombre como yo, en la plenitud de su vida...

Jean intervino:

—También a ti te va a liquidar... Elga no parará hasta conseguir el tesoro de Tombuctú... Nos traicionó a nosotros, pero también te traicionará a ti, Omar...

—Conmigo logró lo que deseaba.

—Eso es lo que tú crees... A Elga sólo le interesa el dinero. Tú tienes un harén de mujeres, y Elga sabe que con el tesoro podrá tener cuántos hombres desee... Podrá cambiar de fulano como se cambia de peinado o de vestido... Por eso tú también estás sentenciado a muerte. No te mata aquí porque no puede, pero te rebanará la nuez cuando creas que estás disfrutando más de la vida.

Del rostro de Omar había ido desapareciendo poco a poco la sonrisa.

Elga se dio cuenta de que Jean estaba produciendo una gran impresión en Omar y gritó:

—¡No le creas una sola palabra, Omar...! Habla así porque sabe que le espera la muerte... Ésa es su venganza ruin... Quiere meter en tu corazón la duda con respecto a mis sentimientos, pero tú sabes que yo te quiero.

Jean rió con ironía.

—Te reunirás pronto con nosotros, Omar...

—¡Cállate! —gritó el argelino—. ¡Ponedlos en el patíbulo!

Los guardianes golpearon a los prisioneros con las culatas de las metralletas para que se pusiesen otra vez en movimiento.

Cada uno fue conducido a un patíbulo.

—Omar —dijo Charles—. Quiero pedirte algo.

—¿Qué cosa...?

—La libertad a cambio de renunciar a un solo franco del tesoro de Tombuctú.

Omar rió con más ganas que nunca.

—Si yo te concediese la libertad, me perseguirías por todo el planeta.

—Te juro que no...

—Los juramentos no sirven para nada... Y es comprensible que trataras de vengarte de mí. Te he quitado la mitad de lo que creías tener... Has pensado en ese dinero durante cinco años, pero lo más gracioso no es que perdiste unos cuantos millones de francos, sino que te quité a la mujer que quieres... No, Charles, eso no me lo

perdonarías nunca... ¡Colgadlos!

Otros cuatro hombres que estaban detrás de los patíbulos se acercaron para colgar a los prisioneros.

De repente se oyó una ráfaga.

Los hombres que avanzaban hacia los cautivos se estremecieron como muñecos y lanzaron aullidos de muerte.

Hubo un momento de sorpresa.

Los hombres de Omar que manejaban las metralletas se volvieron para replicar al fuego.

Jean y Charles no se detuvieron a investigar quiénes eran los que disparaban contra sus verdugos.

Saltaron sobre los soldados de Omar que les habían dado la espalda.

Omar dio un empujón a Elga y se arrojó a tierra.

Jean golpeó a uno de los soldados en la mandíbula y lo dejó sin conocimiento.

Algunos hombres de Omar aparecieron por la puerta del palacio.

Pero otra misteriosa ráfaga de metralleta los barrió.

Charles atrapó la cabeza de uno de los sicarios y la estrelló contra el suelo.

Omar tenía una pistola en la mano.

Fue a disparar contra Jean, pero éste se adelantó e hizo fuego con la metralleta.

Una docena de balas mordieron el pecho de Omar lanzándolo contra Elga.

Jean miró hacia la puerta enrejada del jardín.

Allí vio al hombre que manejaba la metralleta, al que los había librado del patíbulo.

Era un tipo de talla mediana, que se cubría con un grueso suéter de marinero.

Ahora estaba ametrallando a otros soldados que salían del palacio.

Por detrás de él apareció un tipo que Jean conocía. Era el mismísimo Jacques Nollier.

El exsocio de Charles Bonnerot llevaba una negra pistola en la mano.

—¡Charles! —gritó al ver a su antiguo compañero—. Ahí tienes plomo...

Charles se había apoderado de un rifle e hizo fuego contra Nollier.

Pero estaba en una posición muy forzada y no tuvo puntería. Nollier desapareció por detrás de la puerta.

—¡Atrás, René! —gritó.

El hombre de la metralleta envió una ráfaga hacia el palacio y desapareció por la puerta enrejada.

—¡Volvamos a la casa! —gritó Charles.

Elga echó a correr hacia ellos.

Charles apuntó a la joven.

—Te voy a dar tu merecido, perra.

Fue a disparar, pero Jean le desvió la mano armada con el cañón de la metralleta.

La bala que salió de la pistola de Charles aulló hacia el cielo.

—¿Qué has hecho? —gritó Charles—. ¡Has impedido que la mate...!

Elga no había dejado de correr y se metió en la casa tras de ellos.

En ese momento sonó otra ráfaga desde el lugar en donde estaba Jacques Nollier.

Elga se había arrodillado en el suelo.

—Charles... —dijo—. No debes pensar mal de mí. Omar me obligó a obedecerle. Te lo juro.

—Tú lo engatusaste.

—Oh, no, Charles. Tú no puedes pensar eso de mí... Hemos hecho una larga carrera juntos... ¿Cómo te iba a abandonar? Él me obligó...

Jean sonrió para sí.

Otra vez Elga estaba desplegando su arte de seducción, y no dudó de que Charles caería en sus redes.

En realidad, lo que pasaba era que Charles estaba enamorado de aquella mujer. Elga se le había metido en el tuétano y, cuando eso ocurría, un hombre estaba dispuesto a perdonar un millar de veces.

Volvió la cabeza y vio que Elga y Charles se besaban.

—Eh, Charles, ¿tienes tiempo para ocuparte de salvar tu piel?

Charles apartó a la joven.

—Supongo que esto no cuenta con tu aprobación, ¿eh, Jean?

—No, no cuenta con mi aprobación.

—Entonces, ¿por qué la salvaste?

—No me gusta ver cómo muere una mujer, aunque ella se llame Elga Solinger. Pero dejemos eso... ¿Viste a tu antiguo amigo?

—Sí. Ese maldito de Jacques salió de los infiernos.

—El pozo no dio resultado.

—Seguro que se mataron los otros dos... Debí tener en cuenta que Jacques Nollier tiene tantas vidas como un gato.

Nollier gritó desde la otra parte:

—Eh, Charles... ¿Me oyes?

—Sí, Jacques. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco dolorido desde que me hiciste caer en aquel agujero.

—Ojalá te hubieses roto la crisma.

—No digas eso, Charles. En realidad, yo te quiero.

—Oh, sí, claro. Me quieres mucho.

—Te lo he demostrado salvándote de las manos de Omar.

—Quizá lo hiciste por equivocación... Ese amigo tuyo, el de la metralleta, se precipitó. Seguro que ahora lo estás maldiciendo por intervenir antes de que Omar acabase con Jean y conmigo.

—Creo que tú y yo tenemos motivos para olvidar el pasado, ¿no te parece, Charles?

—¿Cuál es tu propuesta?

—Que firmemos la paz ahora mismo.

—¿Quién gana con eso?

—Los dos ganamos.

—Yo estoy aquí en el palacio y es dónde está el tesoro.

—Y yo estoy fuera, y no dejaré que salgas vivo. —Jacques rió—. Creo que los dos nos encontramos en una buena posición. Ya ves que soy imparcial. Por eso nos conviene llegar a un acuerdo. Después de todo, los dos vamos a ganar. Íbamos a hacer tres partes con el tesoro, pero Omar ya no existe. Será un auténtico cincuenta por ciento, mitad y mitad. Cada uno paga a sus hombres y todos seremos felices...

Charles miró a Jean.

—¿Qué te parece a ti, muchacho?

—Sería bueno si jugaseis los dos limpio, pero sois demasiado ambiciosos. Continuaréis practicando el mismo juego. ¿Quién va a engañar a quién?

Charles miró a Jean.

—Estoy cansado, Jean. La pierna me duele más que nunca. He pasado muchas fatigas y ya no tengo inconveniente en aceptar la propuesta de Jacques. Te digo la verdad. Dejaría de luchar gustosamente. Sólo quiero regresar a Francia con la parte que me corresponde del tesoro... Pero ¿cómo saber lo que piensa Jacques?

—Tendrás que pasar por la experiencia para saberlo.

—Eh, Charles, todavía no he oído tu respuesta.

Se oyó de nuevo la voz de Jacques.

—Contesta primero a una pregunta, Jacques.

—¿De qué se trata?

—¿Cuántos hombres tienes contigo?

—Tres y son buenos. Ya conociste a uno de ellos. Es Rene, el tipo que os libró de los verdugos...

—Está bien. Doy la conformidad, pero será mejor que no trates de engañarme o juro que lo pagarás con tu vida.

Jacques se dejó ver en la puerta enrejada.

—¿Cómo estás, querido amigo? —dijo sonriente.

Charles también dio unos pasos hacia la puerta.

Los dos echaron a andar. Se encontraron a mitad del camino y cambiaron un apretón.

No se veía a ningún soldado de Omar por los alrededores. Indudablemente a la muerte de Ornar habían decidido retirarse de la casa.

Los tres compañeros de Jacques se dejaron ver por el hueco.

A Jean le bastó una mirada para darse cuenta de que era gentuza, pistoleros profesionales que Jacques habría reclutado en los peores barrios de París o de Marsella.

Charles y Jacques estaban hablando amistosamente, riendo, recordando viejos tiempos.

Jean se preguntó cuál de ellos intentaría primero matar al otro.

Oyó un suspiro a sus espaldas. Era Elga.

—¿Por qué me salvaste la vida, Jean?

—Ya lo oíste.

—Sí, dijiste que no podrías consentir que asesinaran a una mujer.

—Eso es.

—Pero también dijiste que yo no era una mujer, sino una serpiente.

—Cuando Charles iba a disparar contra ti, tuve en cuenta que en realidad eres un ser humano.

—¿Sólo fue eso, Jean? —dijo ella y dio un paso.

—No pienses otra cosa.

—Jean, ¿es que no te gusto ni siquiera un poco?

—Oye, te voy a dar un consejo. Yo no soy Omar o Charles. No emplees conmigo tus zalamerías.

—Me desprecias porque crees que yo no hago distinción entre los hombres.

—No, no la haces, pero no es cuestión tuya.

Charles y Jacques venían hacia la casa.

—Ha llegado el momento más solemne —reía Charles—. Vamos a la cámara del tesoro.

Descendieron por una escalera de piedra hasta un sótano.

Los centinelas de Omar habían huido.

En la pared colgaban grandes antorchas encendidas que prestaban iluminación a la estancia.

El cofre estaba en el centro de ella.

—Omar tenía la llave —dijo Charles—. Pero no sé dónde la podremos encontrar.

—No hace falta que la busquemos —repuso Jacques—. Anda, René, demuestra cómo abres tú el cofre.

Rene apuntó con la metralleta al candado.

Apretó el disparador.

La ráfaga hizo saltar el candado.

Jacques soltó una risotada.

—¿Lo ves, Charles? Aquí tienes al mejor abrecofres de Francia.

La frase fue celebrada por Charles con grandes risas.

Jacques fue a abrir el cofre, pero Charles le interrumpió poniéndole una mano en el hombro.

—Eh, Jacques, yo llegué primero. ¿No crees que me corresponde el honor de abrir la hucha?

—Sí, creo que tienes razón.

Jacques se retiró unos pasos.

Elga se adelantó con los otros hombres, pero Jean quedó atrás.

Continuaba siendo escéptico respecto a las intenciones de Jacques.

Sus hombres, los tres esbirros, lo miraban como si ellos también

sospechasen de él.

Charles levantó la tapa del cofre.

Elga lanzó una exclamación.

Metió las manos en el interior.

Sus ojos brillaban mucho y sus labios sonreían.

—¿Te gusta, nena? —dijo Charles.

Elga sacó un collar rico en pedrería.

—Es maravilloso, Charles...

Jacques intervino:

—Eh, nena, no pidas que te lo regale. Todo entrará en el botín. Charles sólo podrá hacer regalos cuando hayamos dividido en dos partes.

—Está bien, pequeña. Jacques no tendrá inconveniente en que me toque a mí.

—Quiero comer antes de hacer el reparto —sugirió Jacques.

—Ya comeremos después, y sería mejor que lo hiciésemos lejos de aquí. Propongo que hagamos el reparto inmediatamente y nos marchemos... A propósito de eso, nos quedamos sin barca cuando llegamos, Jacques.

—Yo tengo la mía. Es una buena lancha y en ella cabemos todos.

—Estupendo, Jacques.

A Jean no le gustó aquella idea. De buena gana habría atrapado sus setenta y cinco mil francos para perderlos de vista. Pero no tenía ningún medio para regresar a Francia. Tendría que aceptar la compañía de aquellos escorpiones.

—Está bien, Charles —dijo Jacques—. Hagamos el reparto.

—La mejor forma de hacerlo es que cada cual vaya cogiendo un objeto. Por la cuenta que nos trae, empezaremos por las joyas de más valor. Si existe una diferencia entre las dos partes, será pequeña, ¿de acuerdo, Jacques?

—Me parece bien, Charles.

Jean se sentó en el último peldaño de la escalera.

—¿Quién elige primero? —preguntó Charles.

Jacques sacó una moneda que arrojó al aire.

—Lo echaremos a cara o cruz.

—Cara —pidió Charles.

Jacques tomó la moneda y la mostró en la palma de su mano.

—Acerté —dijo Charles.

—Querido —intervino Elga—, si te toca elegir, ya lo hiciste. Quédate con este collar. Seguro que es el mejor que hay en el cofre. Charles se echó a reír.

—De acuerdo, pequeña. Primero elijo el collar. Ahora te toca a ti, Jacques.

Los dos hombres fueron escogiendo las joyas.

Todos asistían al espectáculo con interés.

Al fin, el cofre quedó vacío.

Las joyas de uno y otro se amontonaban en sendos pañuelos.

Elga se había ocupado de la parte de Charles. Estaba arrodillada ante aquel montón de joyas, muchas de las cuales tenían más de mil años de antigüedad.

Jean la observaba atentamente.

No, no podía imaginar que aquella mujer se conformase.

Pero vio los ojos de Jacques y llegó a la misma conclusión de que tampoco él se conformaría.

Llegaría un momento en que todo aquello haría explosión.

Debería estar preparado para entonces.

Elga se había puesto el collar que Charles eligió primero, unos pendientes y un broche...

Bailaba alrededor del cofre vacío como una danzarina pagana. Estaba hermosa, excitante.

Los hombres la observaban con deseo.

¿Y si Elga fuese la mecha? ¿No lo había sido hasta ahora? Sí, probablemente volvería a ocurrir. Cuando Elga quisiese, aquello saltaría en pedazos.

Jacques y Charles olvidarían su vieja amistad y tratarían de matarse.

CAPÍTULO XI

La lancha en que viajaban era mucho más rápida que la barca de pesca que fue cañoneada por el guardacostas.

—¿Cuándo llegaremos a Marsella? —preguntó Charles.

—En un par de horas —contestó Jacques.

Todo transcurría felizmente.

Los dos hombres habían estado conformes con el reparto.

Habían logrado alejarse de Argelia sin encontrar en su camino ningún obstáculo.

Pero ahora Jean Cardin se dio cuenta de una cosa muy importante. Aquella lancha no seguía el rumbo de Marsella.

Estaba dispuesto a jurar que el destino estaba situado en un lugar próximo a Saint Tropez.

Elga parecía de muy buen humor, lo mismo que Charles y Jacques.

La tierra era un edén.

Jean no podía decirle a Charles lo que había descubierto o empezarían los tiros enseguida. Además, ¿quién le decía a él que Charles no estaba al corriente de que no se dirigían a Marsella?

¿Y si de lo que se trataba allí era de que cada cual estaba haciendo su juego?

Estaba a la proa cuando vio que Elga se movía hacia él.

Jacques y Charles estaban hablando de algo y debía ser humorístico porque los dos reían mucho.

—Estás muy solitario —dijo Elga al llegar a su lado.

—Lo prefiero.

—¿Cuáles son tus planes?

Jean tenía ya consigo las joyas que aproximadamente valían los 75 000

francos, un brazalete, dos broches y un juego de pendientes.

—Iré a París.

—¿Y luego...?

—Todavía no lo he pensado.

—¿Quién es ella?

Jean sonrió mientras miraba al mar.

—No hay ella todavía...

—No lo puedo creer. Eres un buen mozo y debes tener una chica que te adore.

—Nunca me he dejado adorar.

—¿No te gusta que una mujer esté dispuesta a cualquier sacrificio por ti?

—Cuando me he encontrado con una mujer de esa clase, me he alejado de ella como del diablo. Uno termina por pagar muy caros esos sacrificios.

—No, Jean, no creo que hayas encontrado una mujer como la que yo te digo... Alguien dispuesta a amarte con todas sus fuerzas, a renunciar a todo por ti...

Jean sintió la mano de Elga sobre la suya.

La miró a los ojos.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Es que no me comprendes, Jean?

—¿Qué es lo que tengo que comprender?

—Te quiero...

—Ponle música.

—No te burles, es la verdad...

—Anda, dime ahora que tú y yo tenemos derecho a todo el botín, que todos son unos malditos gusanos y que sólo merecen estar bajo tierra.

—Me importan un rábano.

—No me digas.

—Y tampoco quiero su botín...

—Comprendo, tienes el collar que te regaló Charles, debe valer 50 000 francos...

—Se lo daría gustosa, o lo arrojaría al mar, si tú me lo pidieses.

—No hagas dramatismos.

—Jean, te juro que quiero apartarme de Charles.

—Hazlo, sólo tienes que huir de su lado cuando lleguemos a tierra.

—No me dejaría. Por eso tienes que ayudarme.

—Ya salió. Tengo que ayudarte a matarlo, y de esa forma, tendremos todo el botín porque sería estúpido que lo abandonásemos en manos de Jacques, ¿verdad...?

—No, Jean, te repito que no me importan nada esas joyas... Renunciaría a la más valiosa de ellas si tú me aceptases.

—Has elegido mal. Si quieres quedarte con todo, tu hombre sigue siendo Charles.

Ella apretó los labios.

Sus ojos se llenaron de una pátina húmeda.

—Qué pena que no me creas...

—Lo siento, pequeña, pero tú tienes la culpa.

—Lo sé y no te recrimino por ello. —Elga sonrió con amargura —. No te preocupes, Jean, trataré de olvidarlo. Pero quiero decirte algo. He descubierto que no vamos a Marsella.

—¿Se lo dijiste a Charles?

—No, no se lo dije.

—Entonces, ¿por qué me lo dices a mí?

—Para que estés preparado... Es asunto de Jacques. Querrá acabar con todos. Buena suerte, Jean...

La joven dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

Jean quedó a solas otra vez en la proa.

Estaba confuso.

¿Había sido sincera Elga?

¿Pero qué clase de idiota era él al creer tal cosa?

Elga no había sido sincera con ningún hombre, ni lo sería mientras viviese.

¿De qué forma había tratado él a Elga desde que la conoció...? Sí, habían chocado desde el primer instantes Todo había empezado con un beso, pero unos minutos después ya estaban enzarzados en una pelea. Después del beso, Elga había intentado sacarle los ojos.

No, las circunstancias no habían sido las más favorables para que entre ella y él se hubiese iniciado una buena amistad.

Pero ¿qué demonios estaba pensando ahora? ¿Tenía él la culpa de que las circunstancias hubiesen sido tal como se produjeron?

Él había ido a aquel bar de Charles Bonnerot para vender una cafetera y se había mezclado en una aventura que todavía estaba por acabar.

Dirigió la mirada a las olas.

El tiempo fue transcurriendo lentamente.

Jean vio la costa francesa e imaginó que el drama estaba a punto de comenzar.

Era el último acto, pero quizá los actores todavía no ocupaban su lugar en el escenario.

De vez en cuando, observaba a sus compañeros.

Jacques y Charles continuaban hablando de sus cosas.

Elga estaba acodada en la borda, mirando también al mar, ausente, como si no le importase lo que iba a ocurrir.

Jean dudó otra vez de la sinceridad de la joven.

De pronto, René, el hombre de Jacques, apareció en lo alto de la cabina.

Manejaba la metralleta.

Jean comprendió que la primera ráfaga iba destinada a Charles y quizá a Elga.

Ya tenía la pistola en la mano y disparó sin pestañear.

René recibió las dos balas en la espina dorsal.

Se dobló en dos y fue entonces cuando su metralleta escupió un chorro de plomo contra el mar.

Elga y Jacques Nollier se habían apartado rápidamente de Charles por temor a encontrarse también con una de las balas que René había de hundir en el cuerpo de Charles.

Otro de los empleados de Jacques salió de la cabina, presto con la metralleta.

Envío una ráfaga hacia la proa, donde estaba Jean, pero éste ya había cambiado de sitio.

Desde el suelo apretó una y otra vez el gatillo.

El segundo hombre de Jacques se contorsionó como un muñeco, golpeó contra la borda y se fue de cabeza al agua.

—¡Maldito! —gritó Jacques.

Iba a disparar contra Jean.

Cardin se detuvo unos instantes. Estaba confuso porque encontró extraña la mueca de desesperación que había en el rostro de Jacques.

Sonaron dos estampidos.

Jacques se tambaleó.

Charles le había disparado por la espalda.

Jacques dejó caer la pistola en la cubierta y dio un puntapié hacia el lugar donde se encontraba Jean.

De pronto, le fallaron las fuerzas y se derrumbó.

Sólo quedaba un empleado de Jacques, pero éste manejaba el timón y daba la impresión de que todo lo que había ocurrido en la cubierta le tenía sin cuidado.

Charles le dirigió una mirada y aquel hombre le sonrió.

Elga estaba muy pálida.

Charles avanzó hacia donde estaba Jacques, se detuvo y sacudió la cabeza.

—Él prefirió terminar así. Anda, Jean, échame una mano.

Jean se levantó y fue junto a su amigo.

—Ahora lo comprendo, Charles. Tú fuiste el que lo engañaste.

—¿Qué?

—Tú compraste al hombre que maneja el timón. Le diste instrucciones para que nos llevara a un lugar distinto a Marsella. Sabías que en un momento determinado, Jacques se daría cuenta del cambio de rumbo y empezaría la pelea... Luego, me enviaste a Elga.

—¿De qué estás hablando?

—Querías que yo fuese el que liquidase a Jacques o el que hiciese la mayor parte del trabajo.

—Jean, acudiste en mi defensa y eso significa que cumpliste con tu palabra. Todo salió bien.

Jean miró a Elga y vio por primera vez que el rostro de la joven enrojecía.

—Jean —dijo Charles—. Tú mataste porque ellos te habrían matado a ti después de liquidarme. Ya lo ves, yo también hice un buen trabajo. Liquidé a Jacques antes de que él te matara.

—Es posible que me hubiese matado. Vi su cara de asombro y de rabia y me quedé quieto... Leí en sus ojos que por primera vez iba a jugar limpio, que él se había conformado con el reparto.

—¿Jacques...? No digas tonterías. Él jamás se habría conformado. Nos habría liquidado a todos, tenlo por seguro... Anda, échame una mano, nos estamos acercando demasiado a la costa...

Entre los dos tomaron el cuerpo de Jacques Nollier y lo arrojaron al mar.

El mismo destino tuvo René.

A continuación lavaron la cubierta de los restos de sangre.

Cuando hubieron terminado, Charles dio un suspiro.

—Bueno, muchacho, ahora tenemos todo el tesoro. Me has ayudado mucho, Jean, y es justo que cobres más de los setenta y cinco mil francos.

—No quiero más.

—Supongo que estás de broma. Pensé pagarte otros cincuenta mil francos. Quiero ser generoso contigo, que te acuerdes de mí durante el resto de tu vida.

—Dale mi parte a Elga.

—A Elga, ¿por qué?

—Ella me dijo que estuviese preparado, que no íbamos a Marsella y que ignoraba si tú lo sabías.

Charles se echó a reír y miró a Elga.

—¿Lo has oído, nena? Después de todo, Jean es un hombre que se conforma. No es ambicioso como nosotros...

Jean se fue otra vez hacia la proa.

Encendió un cigarrillo y lo fumó a grandes chupadas.

Fue oscureciendo rápidamente.

Era de noche cuando la barca llegó a un fondeadero.

—Eh, Jean... —llamó Charles—. Llegamos a puerto.

Jean se reunió en la cabina con los supervivientes de la masacre.

—Estamos a dos kilómetros de San Raphael —dijo Charles—. Nosotros pasaremos la noche allí...

—Yo no —dijo Jean.

—¿Adónde irás?

—A París.

—Puedes esperar a mañana.

—No, Charles. Saldré, para París esta misma noche.

—Como tú quieras. —Charles le tendió la mano—. Creo que ésta es la despedida.

—Sí, lo es.

—¿Amigos?

Jean no dijo nada y estrechó la mano de Charles. ¿Qué más daba?

Dirigió una última mirada a Elga, y la joven lo miró también con sus grandes ojos, pero no movió los labios.

Al día siguiente, Jean Cardin llegó a París.

La señora Demay, su portera, le dijo que no lo había visto en los últimos días y él contestó que había estado visitando a unos clientes de las afueras.

Se encerró en su apartamento y examinó las joyas.

Conocía a una persona que las compraría, un antiguo compañero suyo del colegio. Era un hombre honrado y le pagaría su precio justo.

Pero no tenía ganas de ir a verlo ahora. Necesitaba dormir porque no había pegado ojo en el tren.

Se tendió en la cama y se sumió en un profundo sueño.

Cuando despertó, fue al bar más cercano y llamó por teléfono a su amigo. Se llamaba Jules. Éste le dijo que se disponía a visitar a un pariente enfermo. Acordaron que Jean lo iría a ver a las once del día siguiente.

Jean salió de aquel bar. No sabía qué hacer.

Al pasar junto al cine, recordó que la señora Demay le había hablado muy bien de aquel filme, *La tormenta*. Entraría allí y se entretendría un rato. Luego, iría a cenar a un restaurante del centro.

Pero al finalizar la película un hombre se le acercó en el vestíbulo, y más tarde otro. Eran dos policías.

Lo detenían porque había matado, asesinado...

CAPÍTULO XII

—Ésa es mi historia —dijo Jean.

Claude, el hombre que quería casarse con Corinne, se echó a reír.

—Es la sarta de embustes más grande que he oído en mi vida.

—¿Tampoco usted me cree, Corinne? —dijo Jean. El abogado criminalista se mojó los labios con la lengua.

—Sí, le creo.

Claude saltó.

—¡Eh, Corinne, no puedes admitir que este hombre haya corrido esa aventura...! Según él, cada vez que apretaba el gatillo, lo hacía en legítima defensa.

—Debió ser así —dijo Corinne.

—Gracias —repuso Jean.

Corinne se puso en pie y dio unos pasos por la estancia.

—Hay algo que quisiera que me explicase, Jean.

—¿A qué se refiere?

—¿Cree usted que la policía puede detenerlo por la muerte de Jacques y de los otros de la banda?

—Sí, eso he supuesto. Habrán descubierto los cadáveres. Jacques era amigo de Charles. Han interrogado a Charles y él ha cargado la culpa sobre mí.

—Creo que se equivoca esta vez.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—¿No lo imagina, Jean?

Los dos se miraron en silencio.

—Sí —dijo Jean—. Lo pensé por un momento pero lo deseché. Usted piensa que es algo más que la muerte de Jacques y la de esos dos hombres.

—Sí.

—Usted cree que Elga al fin ha conseguido lo que se proponía...

Ha matado a Charles y ha arreglado las cosas de forma que yo aparezca como el asesino...

—Ahora nuestras ideas coinciden.

—Ya le he dicho que rechacé ese pensamiento.

—¿Por qué, Jean...? ¿Por qué lo rechazó...? ¿Quizá porque al fin se enamoró realmente de esa mujer?

—¡No!

—Ha contestado demasiado aprisa.

—La razón es sencilla. No sufro ninguna confusión a ese respecto.

Claude intervino:

—Eh, Corinne, ¿qué te importa a ti sí está enamorado o no de Elga? Muy bien, ya escuchamos su historia. Ahora, lo que debe de hacer es entregarse a la policía. Si es verdad lo que nos contó, lo tendrán en cuenta.

—No es tan fácil —dijo Corinne.

—¿Por qué no? Sólo tiene que bajar las escaleras.

—No me refería a eso... Si Elga mató a Charles y lo preparó todo para que Jean sea culpable, él se librará difícilmente de la guillotina.

—Está bien, Corinne. Pero este hombre no llegó aquí como cliente tuyo. No tienes nada que hacer por él. Ya te portaste demasiado bien con el señor Cardin. Le diste hospitalidad y hasta se bebió tu *whisky*...

Corinne hizo caso omiso de lo que decía Claude porque estaba pensativa.

—Sólo existe una solución, Jean...

—Quizá otra vez estemos pensando lo mismo. Debo ver a Elga.

—Sí.

Claude se echó a reír.

—Claro, debe de ver a Elga. Seguro que le resultará fácil. Bastará con que se lo pida a los policías. Y también podrá ver al presidente del Eliseo. Quizá no sea lo mejor. El presidente se divertirá mucho con esa historia de la Edad Media, acerca del tesoro de Tombuctú...

—Sólo hay un medio de salir de aquí —dijo Jean, y echó a andar hacia Claude.

El amigo de Corinne parpadeó mirando con extrañeza a Jean.

—Eh, usted, ¿qué es lo que va a hacer?

—Lo siento, pero no tengo otra alternativa.

Le soltó un rechazazo.

Claude dio un brinco y se derrumbó en el diván.

Ya no se movió.

Jean miró a Corinne y la vio con los ojos cerrados.

—Ya puede mirar. Lo dejé sin sentido.

Corinne miró a Claude y dio un suspiro.

—Lo siento por él, pero ya le dije que me esperase en el restaurante.

—Ande, salga de aquí o vuélvase de espaldas. Como guste. Tengo que cambiarme.

—Iré a la cocina y prepararé un poco de café. Creo que los dos lo necesitamos.

Al cabo de cinco minutos, Jean se cubría con el *smoking* de Claude. Le venía a la medida porque Doublier tenía parecida talla y constitución.

Corinne salió de la cocina con dos tazas de café.

—¿Qué tal? —dijo Jean dándose la vuelta.

—Muy bien —dijo Corinne y le tendió una taza.

Jean bebió el café y dijo:

—Gracias por todo.

—No puede irse solo. Tengo que ir con usted.

—No. Eso no lo permitiré...

—No sea ingenuo... A pesar de que ha cambiado de traje, lo identificarán... Sólo saldrá de la casa si yo voy con usted... El portero me conoce. Usted podrá cubrirse la cara un poco y el portero creerá a pie juntillas que es Claude.

—Creo que ya la comprometí demasiado entrando en su apartamento.

—Recuerde que usted ya no es ahora uno cualquiera para mí.

—¿No?

Las mejillas de la joven se encendieron mientras ambos se miraban intensamente.

Ella tartamudeó.

—Quiero decir que... es mi cliente... y tengo que salvarlo de la guillotina.

—¿No se arriesga demasiado...? La policía me persigue. Si se

queda, podrá decir que yo la amenacé con la pistola y que usted no pudo ofrecer resistencia...

—Me voy con usted —repitió ella con decisión—. Tengo mi coche abajo. También será necesario.

—Está bien, como quiera. Vámonos antes de que Claude Doublier se ponga a dar gritos.

Poco después, salieron del apartamento.

Corinne apretó el botón de llamada del ascensor.

Viajaron a la planta baja y salieron de la jaula.

Corinne vio a dos policías que estaban con el portero y se echó a reír.

—Tenías que haber visto la cara del presidente del Tribunal, Claude... Se quedó de una pieza cuando se encontró sin su reloj... El preso se lo había quitado cuando se armó el jaleo...

Jean se inclinó sobre Corinne y rió también.

En el vestíbulo reinaba la penumbra y eso les favorecía.

Al pasar frente al grupo, Corinne saludó al portero.

—Buenas noches, Gastón. ¿Todavía no detuvieron a ese hombre? Gastón, el portero, sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No; señorita Faure, pero han tomado todas las precauciones.

Uno de los policías se había vuelto hacia Corinne y Jean, pero no ordenó que se detuvieran.

Salieron a la calle y Jean expulsó el aire de sus pulmones.

Llegaron a dónde estaba el auto y Corinne se sentó ante el volante, haciéndolo Jean a su lado.

En seguida, el coche arrancó.

Jean le indicó por dónde debía ir para llegar al bar de Charles.

—¿Y si no hubiesen ido allí? —preguntó de pronto Corinne.

—Entonces, nuestro plan se habrá venido abajo... —contestó Jean.

Estacionaron el coche cerca del bar.

Corinne fue a saltar del auto pero Jean la tomó por el brazo y la retuvo en el asiento.

—No, usted se queda.

—No puedo, debo ir con usted.

—Ahora no me hace ninguna falta.

—Pero necesita un testigo de lo que hable con Elga.

—No necesito a nadie. Este asunto se va a arreglar entre Elga y

yo... Le obligaré a que confiese... No se preocupe... Confíe en mí...

Jean salió del auto y se encaminó al bar.

Había media docena de clientes en las mesas pero la barra estaba solitaria.

Jean, con la cabeza agachada, fue directamente hacia la oficina.

Abrió la puerta y pasó al interior.

En el despacho no había nadie.

Había otra puerta a la izquierda que se abrió de golpe.

Jean vio en el hueco a Charles.

Tenía una pistola en la mano.

—Hola, Jean...

Charles sonrió a su asombrado visitante y entró en la habitación cerrando a sus espaldas.

Jean arrugó el entrecejo.

—Entonces... Ha sido Elga...

—Sí. Ya no existe.

—Tú la mataste.

—Oh, Jean, no he sido yo. Parece mentira que no lo recuerdes... Tú la mataste.

—¡Canalla!

Charles rió otra vez.

—Se había enamorado de ti... ¿Verdad que es increíble? Una chica como Elga enamorada... Eso demuestra que uno nunca se puede fiar de un corazón humano. Todos los corazones son débiles.

—¿Por qué lo hiciste, Charles?

—Está bien. Lo sabrás. Elga quería abandonarme... ¿Y sabes para qué? Para reunirse contigo. Renunciaba a todo. Es para no creérselo... Una mujer como Elga, que sólo pensaba en el dinero, estaba dispuesta a devolverme el collar que le regalé. No quería nada. Sólo quería a su Jean...

Jean se pasó una mano por la cara y dejó colgar el brazo.

—¿Cómo...? ¿Cómo la mataste?

—La estrangulé con tu pañuelo... ¿Recuerdas? El que me pusiste en la rodilla. Tiene tus iniciales... Les conté una bonita historia a los policías... Todo muy sensato... Te habías enamorado de Elga y ella no quiso seguirte. Eras amantes, a mis espaldas, naturalmente... Tú eras un miserable. Abusaste de mi confianza, de mi amistad, viniste aquí para venderme una cafetera y quisiste quitarme a mi chica...

Tenía testigos. A mi empleado, el que está en el bar. A Henri el chico de Jacques y que yo compré... Me robaste unas cuantas joyas que yo traje de Argelia hace unos años... Ya sabes, tenía preparado todo... Naturalmente, las joyas que tú tenías eran las únicas de la colección. No había más... Imagínate, mataste a mi chica y te llevaste esas joyas. —Charles chascó la lengua—. Todo eso es muy feo...

—¿Y ahora?

—Ahora han cambiado las cosas. Te mataré.

—Claro y también tendrás una explicación...

—Será sencilla. Has venido aquí para terminar tu venganza. No pudiste matarme a mí porque sólo encañonaste a Elga la primera vez...

La puerta que daba acceso a la habitación se abrió de golpe.

Corinne entró y lanzó una exclamación.

Charles desvió los ojos de su víctima.

Jean sacó con mucha rapidez la pistola e hizo fuego.

Charles recibió el impacto en el pecho y se tambaleó dejando caer el arma.

Trató de cogerse a la mesa, pero no lo consiguió y se derrumbó en el suelo.

Charles alargó una mano para atrapar otra vez el arma, pero Jean dio un puntapié a la pistola enviándola a la otra parte de la habitación.

—Jean, tú ganaste... —Se echó a reír—. Eres el único ganador...

Se interrumpió y arrojó una bocanada de sangre.

Por detrás de Corinne apareció el comisario Leveque y los inspectores Forget y Blain.

Charles cerró los ojos y dijo:

—Fue una estúpida... Debió conformarse... Yo estaba loco por ella... Habría realizado sus sueños conmigo. Pero tuvo que enamorarse de ti, Jean. La muy estúpida se enamoró y lo echó a perder... Yo no podía vivir sin Elga. Por eso la maté... No podía consentir que ella se fuese contigo.

Charles se estremeció y dobló la cabeza, expirando.

El comisario Leveque dijo:

—Supuse que lo encontraría aquí, señor Cardin. Claude Doublier nos dijo que le había robado el traje y que se había marchado de

allí con la señorita Faure para probar su inocencia... Celebro haber llegado a tiempo... Pero tendrá que dar algunas explicaciones acerca de lo que pasó.

—Sí, señor comisario.

Corinne salió del despacho y Jean lo hizo tras ella.

Se detuvieron a unos pasos de la puerta.

—Claude no me perdonará esto —dijo ella.

—¿Lo siente?

—Creo que no.

—Voy a pedirle un favor, Corinne.

—Diga.

—¿Quiere ser mi abogado...? Quizá necesite sus servicios para terminar de aclarar las cosas.

—Sí, me temo que me va a necesitar.

Jean volvió la cabeza hacia el despacho, cuya puerta seguía abierta.

—Señor comisario, ¿me puede conceder una hora? Necesito cambiar impresiones con mi abogado, y he pensado invitarlo a cenar.

—Está bien, tómese un par de horas.

—Gracias, señor comisario.

Jean Cardin cogió a la joven del brazo. Se miraron unos momentos a los ojos y luego, los dos echaron a andar hacia la calle.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

